EL TEATRO

MODERNO

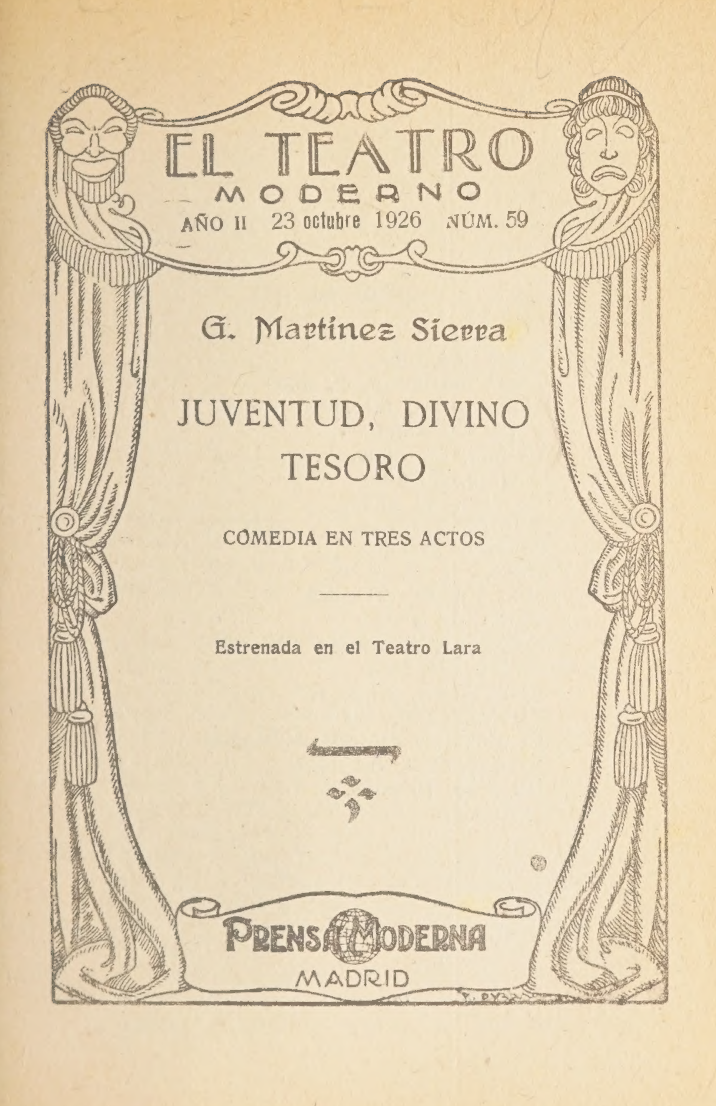


JUVENTUD, DIVINO TESORO

G. MARTÍNEZ SIERRA

PRENSA MODERNA

JUVENTUD, DIVINO TESORO


EL TEATRO MODERNO

AÑO II 23 octubre 1926 NÚM. 59

G. Martínez Sierra

JUVENTUD, DIVINO TESORO

COMEDIA EN TRES ACTOS

Estrenada en el Teatro Lara

PRENSA MODERNA

MADRID

PERSONAJES

Clara, 19 años.
Doña Marianita, 40 años.
Doña Luisa, 50 años.
Pepa, 20 años.
Camila, 50 años.
Andrea, 30 años.
Carmen, 19 años.
Aurora, 17 años.
Juanita, 18 años.
Rosa.
Don Emilio, 50 años.
Pablo, 24 años.
Sebastián, 55 años.
Jenaro, 27 años.
El Matador, 30 años.
El Predicador, 40 años.
El Mozo de estoques, 25 años.
El Sacristán, 30 años.
Un niño, 10 años.
Otro niño.

ACTO PRIMERO

La escena representa un huerto en un pueblo de Castilla. A la derecha, la casa con puerta, ventanas, corredor y escalera. Emparrado que forma un cobertizo por toda la fachada. Enredaderas por las ventanas. Bajo el emparrado, sillones de mimbre. Pozo a la izquierda con polea y cubas. Al fondo, tapia de cerca con pedazos de vidrio en lo alto. Un portón en la tapia que da a la calle, y que tiene el postigo abierto. Es verano y poco más de media tarde.

ESCENA I

Doña Marianita, Camila y *Pepa.* Pepa está metiendo una jarra en la cuba del pozo, y bajándola despacito. Camila recogiendo ropa que está tendida en una cuerda. Doña Marianita entra de la calle, doblando la mantilla.

MARI. *(Entrando y dejándose caer en un sillón.)* ¡Ay, Señor, qué pena! *(Se abanica.)* ¿Qué estás haciendo, Pepa?

PEPA. Poner a refrescar la limonada, porque cuando vuelvan los de la caza van a traer una sed que ya, ya...

CAMI. En media hora se me ha secado la ropa. ¡Vaya una tardecita de bochorno! ¡Si no vuelven con una insolación!...

MARI. Eso es lo que yo les he dicho esta mañana, pero ese niño tiene una cabeza... *(A Pepa, que se ha echado a reir.)* ¿De qué te ríes?

PEPA. ¡Ja, ja! De nada, señora. ¡Ay, el niño! ¡Ja, ja, ja!

MARI. ¿De qué te ríes? *(Con enfado.)*

PEPA. De que estoy pensando que si se me suelta la cuerda, se queda... el niño sin limonada. ¡An-

gelito! ¡Ja, ja, ja! *(Dentro se oye cantar a Rosa.)*

ROSA. Anoche fuí a Capuchinos,
a rezarle al Cristo un credo.
Por decir: ¡Creo en Dios Padre!
dije: ¡Creo en el que quiero!

MARI. ¡Rosa!
ROSA. ¡Señora!
MARI. ¿Qué haces?
ROSA. Coser y cantar.
MARI. ¡Ay, Señor, qué pena!
PEPA. Pero, señora, ¿por qué suspira usted? ¿Se le ha muerto a usted alguien de la familia?
ROSA. ¡Alegría por todo el cuerpo! ¡Para lo que va una a vivir en el mundo!
MARI. ¡Tú estás loca!... Y ya te he dicho setenta veces que no me gusta verte tan despechugada. ¡Súbete ese cuello y bájate esas mangas!
PEPA. ¡Ay, señora, si hace un calor!
MARI. ¡Que te subas el cuello, te digo! Y si no te conviene, te marchas. ¡Habráse visto! Esta es una casa decente, seria.
PEPA. Ya, ya...
MARI. ¿Qué estás diciendo ahí?
PEPA. Yo no digo nada.
MARI. Lo diré yo.
PEPA. Lo dice quien lo dice... y motivos tendrán para decirlo... digo yo...
MARI. ¡Ay, Señor! ¡Este niño me va a quitar la vida!
ROSA. *(Dentro.)*

Cuando yo esté en la agonía
siéntate a mi cabecera,
fija tu vista en la mía,
¡y puede que no me muera!

MARI. ¡Rosa!
ROSA. ¡Señora!
MARI. ¡No cantes, hija, que me pones nerviosa!

ROSA. ¡Ay, señora!
MARI. ¡Ay, Señor, qué pena! *(Se levanta y entra en la casa.)*

ESCENA II

Pepa y Camila.

PEPA. Dice que el niño le va a quitar la vida... Pues ya se podía haber muerto hace rato, porque con los años que lleva el pobrecito haciendo de las suyas... Le digo a usted que hay hombres...
CAMI. ¡Sí, sí, el mejor, para tapadera de un horno!
PEPA. Por supuesto, que la culpa la tienen las mujeres... es lo que yo digo. Lo que es a mí ya podía venirme con pamplinas. Y que me lo decía todo el mundo: —No entres a servir en casa de doña Marianita, porque el don Emilio... Y aquí me tiene usted. Una semana llevo y como si llevara un siglo. Es lo que yo digo...
CAMI. No digas tanto, que se te va a secar la lengua.
PEPA. ¿Es que usted se figura?...
CAMI. ¡Ay, hija, yo no me figuro nada! ¡Allá tú!
PEPA. ¿Ha visto usted a la Paca la Rubia?
CAMI. ¿Ha estado aquí?
PEPA. Vino a mediodía. A pedir, como siempre, y con el chico de la mano. ¡Se necesita poca lacha! Y que dicen que es el vivo retrato del... niño a los seis años.
CAMI. Eso dicen.
PEPA. Eso usted lo sabrá mejor que nadie.
CAMI. ¿Yo?
PEPA. Naturalmente.
CAMI. Pues te equivocas.
PEPA. Claro, ya no se acuerda usted.
CAMI. Ni tengo motivos de acordarme... porque cuando el don Emilio tenía seis años, no había yo nacido ni por lo más remoto.

PEPA. Pues, ¿cuántos años tiene usted?
CAMI. La mitad y otros tantos, ¡ea!

ESCENA III

Dichos y *Andrea,* que aparece por el portón.

AND. ¿Se puede?
PEPA. ¡Anda, la otra! Por lo visto hoy es día de jubileo.
CAMI. Adelante.
AND. Buenas tardes, Camila y la compañía.
PEPA. Buenas tardes.
AND. ¿Se puede ver a doña Marianita?
CAMI. ¿Qué la trae a usted por aquí?
AND. Calamidades, hija, calamidades, como siempre: que aquel bendito de mi marido está en la cama con los dolores, que el chico está echando los dientes, que a la chica la tengo con el sarampión, que a mí no me sale casa para asistir.
PEPA. ¡Sí que son ustedes una familia calamitosa!
CAMI. Tú, Pepa, avisa a la señora. *(Sale Pepa.)* Me parece que no va usted a sacar mucho, porque hoy ya hemos tenido visita.
AND. ¿Ha estado aquí la Paca la Rubia?
CAMI. La Paca la Rubia, sí, señora, y ya sabe usted que el que da primero da dos veces...
AND. Para todo hace falta suerte en este mundo...
CAMI. Ahí está la señora. *(Sale.)*

ESCENA IV

Andrea y *Doña Marianita.*

AND. ¡Ay, doña Marianita de mi alma!
MARI. ¡Válgame Dios, mujer! ¿Otra vez aquí?
AND. ¡Si hace ya más de un mes que no vengo, doña Marianita!

MARI. Bueno, bueno, ¿qué quieres?
AND. ¡Ay, doña Marianita, no se ponga usted así!
MARI. ¿Qué te pasa?
AND. ¡Que no sale una de calamidades, doña Marianita! Que aquel bendito de mi marido está en la cama con los dolores, que el chico...
MARI. Pues hija, hoy no te puedo dar nada.
AND. Que el chico está echando los dientes.
MARI. Lo siento mucho... digo, me alegro tanto, pero...
AND. Que a la chica la tengo con el sarampión...
MARI. Hija, todo sea por Dios.
AND. Esto es lo que saca una con ser prudente... *(Levantando la voz.)* Si viniera una como vienen otras, escandalizando, a pedir lo suyo. Pero una es como es, y después que suceden las cosas...
MARI. ¿Tengo yo la culpa de que hayan sucedido?
AND. La culpa no la tiene nadie, pero una es la que paga la pena. *(Gritando.)* ¡Como no viene una a escandalizar!
MARI. Hija, no sé qué más escándalo quieres.
AND. ¡Es que a mí me oyen, vaya si me oyen!
MARI. ¡Bendito sea Dios! Entra, entra en la cocina, y que te den lo que necesites: caldo, pan, lo que quieras. ¡Camila!
AND. Si tuviera usted algo de ropa vieja.
MARI. Entra, entra. ¡Camila!
AND. Unos pantalones, para aquel bendito que está...
MARI. Ya, ya lo sé. En la cama con los dolores.
AND. Unos zapatos para la chica...
MARI. Entra, te digo. ¡Camila! Y que tenga yo que sufrir esto. ¡Este niño me va a quitar la vida! ¡Ay, Señor, qué pena! *(Entran las dos en la casa.)*
ROSA. *(Dentro.)*

No me mires, que me matas
con ese mirar tan triste,
porque se me representa
el mal pago que me diste.

ESCENA V

Don Emilio, Jenaro y *Don Sebastián*. Mientras canta Rosa la copla anterior, entran de la calle don Emilio, don Sebastián y Jenaro. Vienen de caza, con escopetas, morrales, varios perros. Traen sombreros anchos y los pañuelos blancos atados al cuello para atajar el sudor. Hacen bastante ruido al entrar.

SEBAS. ¡Les digo a ustedes que de primera!
JENA. ¡No tanto, no tanto!
SEBAS. ¡Que no tanto! Vamos a ver, Emilio. La molinera ¿es guapa o no es guapa?
EMILIO. Se deja mirar.
SEBAS. Le digo a usted que desde que el molino es molino no ha habido molinera como ésta... y eso que el tal molino, es molino de historia. ¿Digo bien, Emilio?
EMILIO. Dices bien, Sebastián.
SEBAS. Es que aquí el señor..
JENA. Es que aquí el señor es hombre de buen gusto y no se inflama a humo de pajas.
SEBAS. Costalito de paja es la niña, ¿eh, Emilio?
EMILIO. Ya he dicho que se deja mirar.
SEBAS. Y la hemos mirado, ¿sí o no?
JENA. Dale, hombre, ¿quiere usted suprimir el plural?
SEBAS. Hablo por Emilio y por mí. ¿Es cierto o no es cierto?
EMILIO. Todo hombre que se respeta está obligado a mirar... bueno... digamos a mirar.. lo más de cerca posible a toda mujer que se le ponga a tiro.
SEBAS. A toda mujer bonita.
EMILIO. Es que si no es bonita, no es mujer.
JENA. Distingo: hay fealdades muy interesantes.
EMILIO. Eso se lo ha dicho a usted una fea.
SEBAS. ¡Bravo, bravo!
JENA. Si hubiera por ahí un vasito de algo...
EMILIO. Tiene usted razón. ¡Camila, Camila! *(Sale Pe-*

pa, y haciendo muchas monerías, se acerca a don Emilio, que no le hace caso. Don Sebastián lo observa y se disgusta al ver que su amigo no repara en la doméstica.)

PEPA. ¿Manda algo el señorito?

EMILIO. Que saquen limonada.

SEBAS. Nada. ¡Hum! malo. Otro costalito de paja, ¿eh?

JENA. ¡Hermosa bestia! No conocía yo a esta fámula.

EMILIO. La tenemos en casa hace ocho días.

PEPA. *(Haciendo monerías para sacar la cuba del pozo.)* ¡Cómo pesa esta maldita cuba!

JENA. ¿Quiere usted que la ayude, prenda?

PEPA. *(Secamente.)* Gracias.

JENA. Hace usted mal en despreciar mi auxilio. Usted no sabe la fuerza que puede caber en el cuerpo flaco de un maestro de escuela.

PEPA. Le advierto a usted que conmigo poquitas bromas.

SEBAS. ¡Ay, qué cuerpo, qué cuerpo! ¿Sabes a quién se parece toda? A aquella de Logroño... la del 92. ¿Te acuerdas? ¡Y que no estaba chaladita la niña!

EMILIO. ¡Qué se ha de parecer!

SEBAS. Te digo que sí, hombre. ¡Si me acordaré yo! Ojos negros, boca chiquita... por más que para boca chiquita, aquella de Valencia... la del 87. ¿Te acuerdas?

EMILIO. Camila, vasos. *(Saca la jarra del pozo. Camila sale, trayendo una bandeja con vasos, y la deja en el poyo de la ventana, retirándose inmediatamente.)*

ROSA. *(Dentro.)*

Si la mar fuera de tinta
y el cielo de papel doble,
no se podría escribir
lo falsos que son los hombres.

JENA. *(Mirando a la ventana.)* ¡Tiene usted razón, niña!

EMILIO. ¿Ya está cantando esa chicharra?
JENA. No es maleja la voz.
SEBAS. Para voz, la de aquella de Málaga... ¿te acuerdas?, la del 94... Aquello eran jipíos... ¡y que no la volvimos pronto loca!
JENA. Pero ¿cuánto le paga usted a este hombre por cacarearle las conquistas?
SEBAS. Oiga usted, oiga usted...
PEPA. *(A don Emilio, repitiendo las monerías, que también esta vez son infructuosas, con gran desesperación, no sólo de la moza, sino de Sebastián.)* Fresca como la nieve, señorito.
SEBAS. ¡Hum! ¡Nada... malo!
JENA. A ver si se pierde por aquí un vasito.
PEPA. Pues no tiene usted poca prisa. *(Da un vaso a Jenaro.)*
JENA. Gracias, Lucrecia.
PEPA. *(Con desabrimiento.)* Me llamo Pepa.
JENA. Es lo mismo.
PEPA. *(Desabrida.)* Es que conmigo...
JENA. Poquitas bromas. No se enfade usted, niña. Yo no tengo la culpa *(Señalando a don Emilio.)* de que no esté el horno para bollos.
PEPA. ¡Bah! *(Da un respingo.)*
JENA. *(A don Emilio.)* Hombre irresistible, ¿quiere usted hacernos el favor de darle un abrazo a su doméstica?
PEPA. ¡Qué gracioso! *(Rabiosa.)*
JENA. Sea usted un poco más agradecida. Yo nó puedo hacer más.
PEPA. ¡Váyase usted a paseo! *(Entra en la casa.)*
JENA. ¡Está muy bien educadita!
SEBAS. *(A don Emilio, que se ríe.)* Pero, hombre, ¿qué te pasa?
EMILIO. ¡A mí! ¿Por qué?
SEBAS. Mírame bien... no, en la cara no se nota nada.
EMILIO. ¿Pero qué demonios quieres que se me note?
SEBAS. Emilio, Emilio, esto no puede seguir así.
EMILIO. No te entiendo.
SEBAS. ¿Cuántos años tienes?

EMILIO. Los que quiero tener. Mejor dicho, los que quiera que tenga la mujer que me guste.
SEBAS. ¡Ahí duele!
EMILIO. ¿Dónde?
SEBAS. A ti ya no te gustan las mujeres.
EMILIO. ¡Sebastián, me insultas!
SEBAS. ¿Que te siguen gustando las mujeres, dices?
EMILIO. ¡Más que nunca!
SEBAS. Entonces, ¿cómo no le has dicho esta tarde a la molinera: ¡Buenos ojos tienes!?
EMILIO. ¡Ahí verás tú!
SEBAS. ¿Cómo ayer a la puerta del casino no volviste la cara cuando pasó la médica, que está de rechupete?
EMILIO. Cosas de la vida.
SEBAS. ¿Cómo no has reparado en esta niña, más fresca que una raja de sandía, con dos ojos como dos moras?
JENA. ¡Socorro, socorro!
SEBAS. No es natural, no es natural y no es natural... y no paso por ello, ¡ea!
EMILIO. No te enfades, hombre; dentro de pocos días... puede que mañana, te daré una explicación satisfactoria...
SEBAS. ¿Hay moros en la costa?
EMILIO. Hay moros en la costa.
SEBAS. ¿Bonita?
EMILIO. Como un clavel.
SEBAS. ¿Joven?
EMILIO. Diez y ocho años.
SEBAS. ¡Bravo! ¿Morena? ¿Alta? ¿Rubia? ¿Con ojos negros? ¡Ajajá! *(Se frota las manos con satisfacción.)* Bien, hombre, bien; te devuelvo la fama...
JENA. ¡Si yo tuviera un amigo así, mañana mismo me iba a la Cartuja!
EMILIO. No te alegres mucho, porque todavía...
SEBAS. ¿No te gusta del todo?
EMILIO. ¡Y un poco más!
SEBAS. Entonces... tú dirás.
EMILIO. Ella es la que tiene que decir.

SEBAS. ¡Ella! No faltaría más...
JENA. Mire usted que las hay muy caprichosas.
SEBAS. Con éste no hay caprichitos que valgan. ¡A ver qué más va a pedir ella! Un hombre guapo, buen mozo, joven...
JENA. ¡Ejem!
SEBAS. ¡Joven, sí, señor!
JENA. Los hay un poco más, mi querido amigo.
SEBAS. ¡Monsergas! Para gustarle de veras a una mujer hay que haber cumplido los cuarenta, ¿no es verdad, Emilio?
JENA. Si ella no ha cumplido los treinta...
EMILIO. Es que si ha cumplido los treinta, cruz y raya.
JENA. Las hay de treinta y cinco que quitan el sentido.

ESCENA VI

Dichos y *Doña Luisa.*

LUISA. *(Desde la puerta.)* ¿Se puede entrar?
SEBAS. ¡Doña Luisa!
JENA. ¡La boticaria!
EMILIO. ¡Nos hemos lucido! Adelante, señora.
SEBAS. Treinta y cinco, hace quince, y con peluca. ¿Le apetece a usted?
JENA. ¡Hombre, la peluca no es lo peor que tiene!
LUISA. *(Con melindre.)* Buenas tardes, señores.
EMILIO. Muy buenas, doña Luisa.
LUISA. ¡Ay, doña Luisa! ¡Qué respetuoso está el tiempo!
EMILIO. Siempre, señora; con usted, siempre.
LUISA. ¿Está usted seguro de que siempre?
EMILIO. Por lo menos, hace ya muchísimos años.
LUISA. ¡Ay, Emilio!
EMILIO. ¡Señora!
JENA. ¿No queda por ahí un poquito de limonada? *(Jenaro y don Sebastián se dirigen hacia el fondo, riéndose.)*
EMILIO. *(Con terror.)* Pero ¿se van ustedes?

SEBAS. Volvemos, volvemos.
EMILIO. Yo me voy con ustedes. Si quiere usted pasar, mi hermana debe estar ahí dentro.
LUISA. ¡Qué ingratos son los hombres!
EMILIO. Digo que si quiere usted pasar... mi hermana..
LUISA. Gracias. No tengo prisa.
EMILIO. Yo sí.
LUISA. No será tanta. Hágame usted un ratito de compañía. *(El pasea muy nervioso.)* ¡Qué hermosa está la parra!
EMILIO. Muy hermosa.
LUISA. ¿Se acuerda usted cuantísimas uvas se cogieron aquí hace diez años?
EMILIO. No, señora.
LUISA. ¡Diez años nada más! ¡Cómo olvidan los hombres!
EMILIO. ¡Y cómo recuerdan las mujeres!
LUISA. ¡Ay, amigo mío! El recuerdo es el único bien que queda a nuestra edad.
EMILIO. A la de usted, puede.
LUISA. Hace diez años me llevaba usted cinco.
EMILIO. Pues ahora me lleva usted veinte.
LUISA. ¡Ay!
EMILIO. ¿Quiere usted hacerme el favor de no suspirar?
LUISA. ¿Por qué?
EMILIO. Porque me pone usted en ridículo.
LUISA. No veo la causa.
EMILIO. ¿Cuánto tiempo hace que no se mira usted al espejo?
LUISA. El corazón no se arruga nunca.
EMILIO. Pero la cara sí.
LUISA. ¡Es usted un ser materialista!
EMILIO. A mucha honra.
LUISA. No se puede hablar con usted.
EMILIO. Por mí, no hablemos.
LUISA. ¡Y pensar que hace diez veranos esta misma parra!
EMILIO. Sí, tuvo tantas uvas.
LUISA. ¡Tantas!
EMILIO. ¡Pues figúrese usted cómo estarían a estas re-

chas, si no nos las hubiéramos comido a tiempo!

LUISA. Usted no agradece lo bien que le supieron.

EMILIO. Sí, señora, muchísimo; pero no me las puedo volver a comer.

LUISA. Porque están verdes, ¿eh?

EMILIO. ¡Porque no las hay!

LUISA. ¡Es usted un insolente!

EMILIO. Y usted una...

LUISA. Vieja, ¿verdad?... Una vieja. ¡Diga usted la palabra!

EMILIO. ¡Señora, no me saque usted de quicio!

LUISA. ¡Dígala usted, hombre, dígala usted!

ESCENA VII

Dichos y *Doña Marianita;* después, *Andrea.*

MARI. *(Entrando.)* ¿Qué pasa? ¿Quién disputa? ¡Ah, es usted, Luisa! Creí que no estabas en casa, niño.

EMILIO. Ya me marcho.

LUISA. Por mí no se vaya usted. ¡Qué mal genio va echando este hombre a la vejez!

MARI. ¿Quiere usted pasar un ratito?

LUISA. No, gracias. Me marcho. Venía a verla a usted; pero me encontré a este hombre en el camino...

EMILIO. ¡Cosas de la fatalidad!

LUISA. ... y se nos pasó el tiempo recordando, ¡ay! Los años no pasan en balde; ¿verdad, Marianita?

EMILIO. ¡Qué han de pasar!

MARI. ¡No me hable usted, Luisa, no me hable usted! ¡Ay, Señor, qué pena! *(Sale Andrea, llevando un puchero, un pan, un lío grande de ropa usada. Al ver a don Emilio, quiere pasar de largo, y dice un "¡buenas tardes!" con ganas de que no la oigan.)*

MARI. Buenas tardes.

EMILIO. Adiós, buena pieza; ¿dónde vas tan de prisa?

LUISA. ¡Otra víctima!
EMILIO. Acércate.
AND. Muy buenas tardes, señorito. *(Acercándose y sonriendo con sorna.)*
EMILIO. Bien cargada vas.
AND. Un poco de caldo, señorito, para aquel infeliz de mi marido, que está el pobre...
EMILIO. En la taberna, jugando a las cartas. Ahora mismo acabo de verle. Corre, corre, llévale el caldito, que el tute debilita mucho, y puede que se te desmaye.
AND. ¡Qué cosas tiene el señorito!
MARI. *(Enfadada.)* ¿Te vas o no te vas?
AND. Ya me voy, doña Marianita, y muchísimas gracias por todo.
MARI. Anda, anda.
EMILIO. Memorias al enfermo.
AND. Se agradecen.
LUISA. ¡Qué descaro!
MARI. ¡Ay, Señor, qué pena!
EMILIO. Hormiguita como ésta no la hay en el pueblo. *(Sale Andrea.)* ¡Y que está de buen ver!
LUISA. *(Muy escandalizada.)* ¡Emilio!
EMILIO. ¡Señora!
LUISA. Hay cosas que no pueden oírse con paciencia. ¡Hasta la vista! *(Sale.)*
MARI. ¡Ay, Señor, qué pena!

ESCENA VIII

Don Emilio y Doña Marianita.

EMILIO. ¿Por qué suspira mi señora hermana?
MARI. *(Muy indignada.)* Porque esto no puede seguir así, niño. Estás siendo el escándalo del pueblo.
EMILIO. No lo creas: ya está acostumbrado.
MARI. ¡No te rías, niño!
EMILIO. *(Se sienta.)* No me río, Mariana. Riñe, ríñeme.
MARI. ¡Para el caso que haces!... Esta casa parece

un jubileo, el Señor me perdone la comparación. Aquí no hacen más que venir... desgraciadas a pedir... vea usted... lo que dicen que es suyo... caldo, pan, dinero, ropa, zapatos para los chiquillos, que dicen... ¡válgame Dios!...

EMILIO. Que dicen que son míos, ¿verdad?

MARI. ¡Ay, niño, niño!

EMILIO. No te apures, mujer; la paternidad es un hermoso privilegio.

MARI. ¡Es que son muchos, niño!

EMILIO. Siempre se exagera.

MARI. Me amargan la vida, te digo que me amargan la vida. Esta mañana la Paca la Rubia, ahora la otra... piden, escandalizan, hay que darles... nos arruinan, me matan, te digo que me matan. Mira, niño, tienes que corregirte, que entrar en razón. Los pocos años lo disculpan todo; pero tú ya vas estando en edad de comprender ciertas cosas...

EMILIO. ¿Me vas a llamar viejo, como la boticaria?

MARI. ¡Ay, si todas fueran como la pobre Luisa!

EMILIO. ¡No, por Dios!

MARI. Siquiera ésa no pide.

EMILIO. ¡Pero recuerda!

MARI. ¡Ay, Señor, qué pena! *(Llora desoladamente.)*

EMILIO. Vamos, Marianita. *(Con mucha zalamería.)* No te pongas así. Después de todo, ¿qué? ¿Que me gustan un poco las mujeres?

MARI. ¡Un mucho!

EMILIO. Bueno, concedamos que me gustan... muchísimo. Ya ves tú que pecado tan raro. ¡Lo inmoral sería que no me gustasen!

MARI. ¡Niño!

EMILIO. Sí, señora. Me gustan, me gustan; pero ¿quién tiene la culpa de que me gusten? ¡Ellas! ¡Es decir, vosotras! Sí, señora, sí. Acuérdese usted de sus tiempos... ahí, a la vuelta de la esquina, que aún no hace tantos años. ¿A cuántos hombres le han quitado el sueño esos ojos negros y esos andares de gran duquesa? Usted, sí, señora, usted. ¡Poco orgullosa que iba mi

hermanita pisando corazones por esas calles de Dios!...

MARI. *(Sonriendo.)* ¡Qué loco estás!

EMILIO. Que se lo pregunten a mi cuñadito, ¿eh? ¡Hombre feliz!

MARI. ¡Poco le duró al pobre la felicidad!

EMILIO. ¡Como que se murió de gusto! Porque así son ustedes las mujeres. A matar hombres, o con hiel o con miel. Y nosotros, palomos infelices, ¿qué hemos de hacer sino ir detrás de ustedes? ¡Ponedle pleito a la Divina Providencia que os hizo de almíbar y nos dió vocación de moscas! *(Doña Marianita vuelve a sonreír.)* ¡Ya se ríe, ya se ríe mi señora doña Marianita! ¡Y que no está guapa cuando se pone alegre!... Si el que tuvo y retuvo... No hay que darle vueltas: la mujer para el hombre, y lo demás son pamplinas. ¿Hacemos las paces? Un abrazo. *(La abraza.)* ¿Dónde está tu hija?

MARI. ¿Clara? Se fué a la era con las amigas. Se muere por trillar, y hoy es último día.

ESCENA IX

Dichos: Don Sebastián y *Jenaro.*

SEBAS. *(Asomando con precaución.)* ¿Se marchó? ¡Mi señora doña Marianita!

JENA. A los pies de usted.

SEBAS. ¿Cómo está usted?

MARI. Como siempre: peleando con este niño.

EMILIO. No haga usted caso. Celitos de hermana mimosa.

SEBAS. *(Conciliador.)* Vamos, doña Marianita...

MARI. Quite usted de ahí. Usted es quien me le echa a perder. ¡A sus años de usted! Parece mentira.

JENA. Tiene usted razón, señora. Estos viejos son nauseabundos. *(Da media vuelta, y se encuentra con Clara, que viene de la calle, muy ri-*

sueña, con un sombrero de paja y un gran ramo de amapolas en la mano.)

ESCENA X

Dichos y Clara.

JENA. ¡Salve, Clarita!
CLARA. Buenas tardes, Jenaro.
JENA. Buena siestecita se ha dormido hoy, ¿eh?...
CLARA. ¿En qué se me conoce?
JENA. En los ojos.
CLARA. Pues me he lavado muy bien la cara.
JENA. Pues se le ha quedado a usted el sueño dentro.
CLARA. Sí, ¿eh? Pues ya hace rato que me desperté.
JENA. ¿Con quién ha soñado usted?
CLARA. Con nadie.
JENA. ¿De veras?
CLARA. ¿Con quién quiere usted que sueñe?
JENA. Conmigo.
CLARA. ¡Ay, no, que me iba a dar dolor de cabeza!
JENA. ¿Por qué?
CLARA. Porque tendría que soñar en griego.
JENA. ¿Quiere usted que le diga en castellano cuatro cositas... trascendentales?
CLARA. ¡Ay, no, no, no, que me dan mucho miedo! *(Echa a correr y se acerca al grupo.)* Buenas tardes, madre. Buenas tardes, señores.
JENA. ¡Oh, fémina!
SEBAS. ¡Adiós, pimpollo! Amapolitas, ¿eh?
CLARA. Ya ve usted, amapolitas. *(Se ríe.)*
MARI. ¿De qué te ríes?
CLARA. De que estoy contenta.
MARI. Lo que estás es sofocadísima, ya se ve; habrás estado corriendo como una loca por esos campos.
CLARA. Sí que he corrido, pero no me riña usted, madre; para eso es el campo, para correr. ¡Qué calor!
SEBAS. ¿Quiere usted un vasito de limonada?

CLARA. ¿Limonada? Agua fresca. *(Coge el botijo que está colgado bajo la parra, y bebe a chorro.)*
JENA. ¡A eso se llama beber con garbo!
CLARA. A esto se llama beber con sed. *(Bebe más.)*
MARI. No bebas más, niña, que te va a hacer daño.
CLARA. El agua se ha hecho para beberla, madre.
MARI. Espera a que se te pase el sofoco.
CLARA. Entonces se me pasa también la sed. ¡Ay, qué bien sabe el agua en verano!
JENA. Es usted un epicúreo, Clarita.
CLARA. ¿E-pi-cú-reo? ¿Eso es griego?
JENA. Es verdad.
CLARA. Pues no lo entiendo.
JENA. Y las verdades se han hecho para entenderlas, ¿no es eso? Tiene usted razón.
CLARA. Más vale así. ¿Han cazado ustedes mucho?... ¡Qué serio está mi tío! Ya sé por qué. Me he encontrado por ahí a una señora. *(Imita el modo de andar de doña Luisa.)* Que de seguro volvía de visitarle a usted.
MARI. ¡Clara! Ya sabes que no me gusta que hables de lo que no te importa.
CLARA. ¡Ay, madre! *(Se ríe.)*
MARI. ¡No te rías!
CLARA. Bueno... Pues en la era me ha salido un novio.
MARI. ¡Clara!
CLARA. No se asuste usted, madre, que era muy feo y le he dicho que no. *(Se ríe.)*
MARI. ¡Ay, hija, me sacas de quicio con esa risa sin motivo ni fundamento!
EMILIO. Mujer, si está contenta.
MARI. ¡Ya llorarás, ya llorarás!...
CLARA. Pues déjeme usted reír ahora que tengo ganas. *(Se ríe.)*
MARI. ¡Ay, Señor, qué pena!
SEBAS. *(Dan las siete en un reloj de torre.)* ¡Las siete ya!
JENA. Es verdad. ¡Cómo se ha pasado la tarde!
SEBAS. Yo voy hacia mi casa, que me estará esperando la cena.
JENA. Y yo. Buenas tardes, doña Marianita.

MARI. Si quieren ustedes cenar con nosotros.
JENA. Gracias.
SEBAS. Adiós, pimpollo.
CLARA. Adiós.
JENA. Hasta mañana. *(Acercándose a Clara.)* Y a ver si esta noche tengo más suerte.
CLARA. ¡Qué!
JENA. Que a ver si se acuerda usted de soñar conmigo.
CLARA. Aguarde usted que haga un nudo en el pañuelo. *(Saca el pañuelo y anuda una punta.)* Ya no se me olvida. Vaya usted tranquilo. *(Se ríe. Salen los dos, y don Emilio, que los acompaña, se queda un momento en la puerta, hablando con don Sebastián.)* ¡Madre, tengo un hambre!
MARI. Voy a ver qué tal anda la cena. ¿Entras?
CLARA. No; me quedo a tomar un poquito el fresco. *(Se sienta en la mecedora, cierra los ojos y se mece.)*
SEBAS. *(A don Emilio, en la puerta.)* Bueno, ¿y quién es ella?
EMILIO. ¿Ella?
SEBAS. Sí, hombre; la actual.
EMILIO. Ahí la tienes.
SEBAS. ¡Clara!
EMILIO. Sí; ¿qué?
SEBAS. La hija de tu hermana. ¡Imposible!
EMILIO. Con pedir dispensa...
SEBAS. ¡Boda!
EMILIO. Boda..., la última aventura, pero de primera.
SEBAS. Y ella, ¿qué dice?
EMILIO. Ella no sabe nada.
SEBAS. ¡Chico, eres un coloso!
EMILIO. ¡Chist! Hasta mañana.
SEBAS. Hasta mañana. *(Se va, frotándose las manos de gusto.)*
ROSA. *(Dentro.)*

Suspiros que de mi salen
y otros que de ti saldrán,

si en el camino se encuentran,
¡qué de cosas se dirán!

(Oscurece. Sale Camila y recoge los vasos. Se oye pasar un rebaño y la Voz del Pastor, que grita: "¡Pinta! ¡Cenceña!" *Vuelve don Emilio.)*

ESCENA XI

Don Emilio y Clara.

CLARA. *(Meciéndose.)* ¡Ay!
EMILIO. ¿Estás triste, chiquilla?
CLARA. ¡Yo!
EMILIO. Como suspirabas.
CLARA. Ha sido sin querer. Estaba pensando...
EMILIO. ¿En qué?
CLARA. En nada.
EMILIO. Algo es algo.
CLARA. ¿A usted no le divierte pensar en nada? A mí, muchísimo.
EMILIO. No te entiendo.
CLARA. Pues es bien fácil... Figúrese usted que a la hora de siesta, por ejemplo, se sienta usted aquí, en una mecedora, debajo de la parra. *(Don Emilio se sienta.)* Usted, venga mecerse y pensar en nada... Todo está calladito, calladito; es decir, calladito del todo, no, porque pían los pájaros..., y usted, venga mecerse y pensar en nada... Corre un airecito fresco, fresco, y las hojas de la parra hacen ¡uh, uh, uh!..., y usted, venga mecerse...
EMILIO. ¡Quiá!
CLARA. ¿Por qué no?
EMILIO. Porque ya me he dormido.
CLARA. ¡Ja, ja, ja! Tiene gracia. A mí no me gusta dormir más que de noche. Eso sí: de un tirón. ¡Qué bien sabe la cama cuando se tiene sueño! Mire usted que cuando se despierta una a media noche y oye ¡tan, tan, tan!, las tres, y

piensa: "¡Qué gusto, lo que me queda por dormir todavía!" A mí no hay cosa en este mundo que me quite el sueño.

EMILIO. ¿Ni el novio?

CLARA. ¿Qué novio?

EMILIO. Ese que te ha salido en la era.

CLARA. ¡Ja, ja, ja! Eso lo he dicho por hacer rabiar a mi madre.

EMILIO. Si no es ése, será otro.

CLARA. Será, será. Claro que será..., con el tiempo y un palito. Pero no corre prisa.

EMILIO. ¿De veras, de veras, no corre prisa?...

CLARA. Hace cuatro meses que me he puesto de largo...

EMILIO. Y en esos cuatro meses, ¿no has pensado nunca en un novio?

CLARA. Como pensar...

EMILIO. ¿A ratos perdidos?

CLARA. Eso es. A ratos perdidos...

EMILIO. ¿Cuando está una pensando en nada?

CLARA. Puede que cuando está una pensando en nada.

EMILIO. Por pensar en algo...

CLARA. Eso es: por pensar en algo.

EMILIO. Y vamos a ver. Así, cuando piensas en él, por pensar en algo..., ¿cómo te le figuras?

CLARA. No me le figuro.

EMILIO. ¡Cómo que no! Entonces, ¿qué haces?

CLARA. ¡Toma! Pienso así, hacia dentro, y digo: "¿Dónde estará en este momento el hombre con quien me tengo que casar?" Porque él en algún sitio tiene que estar, si no me quedo para vestir imágenes, ¡que Dios no lo permita!

EMILIO. ¡Que Dios no lo permita!

CLARA. ¡Ja, ja, ja!

EMILIO. ¿De qué te ríes?

CLARA. De eso. ¿Qué estará haciendo ahora mismito el hombre que ha de ser mi marido? ¿Estará a caballo, corre que te corre, por una carretera?

EMILIO. ¡Me parece que no!

CLARA. ¿Estará leyendo en un libro muy grande?

EMILIO. ¡Qué ha de estar, mujer!
CLARA. ¿Estará bailando con otra?
EMILIO. ¡Menos!
CLARA. ¡Usted qué sabe!
EMILIO. Puede que lo sepa.
CLARA. ¿Es que le ha dicho a usted alguien que me quiere?
EMILIO. Puede que sí.
CLARA. ¿Y me quiere mucho?
EMILIO. ¡Muchísimo!
CLARA. ¿Es guapo?
EMILIO. Regular.
CLARA. ¿Joven?
EMILIO. Joven, precisamente..., según lo que se entienda por joven.
CLARA. ¡Viejo! ¡Adiós mi dinero! ¿Don Sebastián?.. ¿No? ¡Ay, qué peso se me ha quitado de encima! *(Pausa.)*
EMILIO. *(Acercándose a ella.)* ¡Clara!
CLARA. *(Un poco asombrada.)* ¿Qué?
EMILIO. *(Sonriendo, pero con un poco de emoción, que va aumentando, aunque él al principio quiere ocultarla con tono de broma, a medida que adelanta la escena.)* ¿Tú has reparado alguna vez en lo bonita que eres?
CLARA. ¿Eh?
EMILIO. ¿Te has mirado al espejo despacio, despacio?
CLARA. *(Sonriendo.)* Regular.
EMILIO. ¿Y no te has visto dentro de los ojos, que son los ojos más bonitos del mundo, una chispa encendida que nunca se está quieta? *(Clara le mira con un poco de asombro afirmativo.)* Pues esa chispa es la gana que tienes de querer.
CLARA. *(Un poco ruborizada.)* ¿Yo?
EMILIO. Sí, señora, tú; pero da la pícara casualidad de que la chispa salta, y al pobrecillo que te esta mirando le arma dentro un incendio de todos los demonios, y esa gana de querer que tú tienes se le convierte a él en una sed rabiosa de quererte.

CLARA. *(Sin saber ya lo que se dice.)* ¿A mí?

EMILIO. Naturalmente. ¿A quién va a ser? Estando tú delante no hay quien quiera querer más que a ti... *(Acercándose mucho a ella.)*, a ti, que eres la mujer más mujer que ha echado Dios al mundo. *(Ella se aparta.)* ¿Dónde vas?

CLARA. No sé...; déjeme usted...; a buscar a mi madre...

EMILIO. *(Deteniéndola con suavidad.)* ¡Déjala! ¡Ella qué entiende! Estate aquí... conmigo...; mírame... ¿Por qué te has puesto seria? ¿Es que te sabe mal haberle vuelto completamente loco a este viejo..., en fin..., no tan viejo..., pero completamente de atar, de manicomio, sí, señora; por esos ojos que hemos dicho antes, por esa boca, que da muchísima más sed que los ojos; por toda esa cara de clavellina fresca?...

CLARA. *(Casi llorando.)* Gracias a que se está usted riendo de mí...

EMILIO. ¡Riéndome de ti, cuando te digo que te quiero!

CLARA. ¡Usted no me puede querer a mí!

EMILIO. ¿Por qué?

CLARA. Porque quiere usted a otras...

EMILIO. ¿Quién te ha dicho a ti eso?

CLARA. ¡Que se lo pregunten a doña Luisa, y a la Paca, la Rubia, y a la Andrea, y a la otra molinera que hubo..., y a don Sebastián, que se las sabe a todas de memoria!

EMILIO. ¡Pero, niña, eso es historia antigua!

CLARA. Lo mismo da.

EMILIO. ¡Qué ha de dar lo mismo! En amor, como diría Jenaro, el ayer no existe.

CLARA. El ayer, no; pero doña Luisa, sí.

EMILIO. Te quiero, chiquilla; te quiero, te quiero a ti sola; te quiero más que a mi vida, y te querré hasta que me muera, y un poquito después, y con toda mi alma, y con todo mi cuerpo. ¿Que he querido a otras? ¡Peor para mí, que hasta que te he querido a ti no he hecho más que

perder el tiempo miserablemente, y mejor para ti!

CLARA. ¡Para mí!

EMILIO. Sí, señora. Porque la mujer que es el último amor de un hombre, es el amor de todos sus amores, y se lleva lo mejor de la vida. ¡Déjate querer; ya ves con que poco me contento! Déjate querer, y verás lo que es bueno. Tener un hombre vencido, esclavo tuyo, para lo que quieras, para que se muera por ti, para que se deje matar, para tirarse a un pozo si tú se lo mandas, para darse de trastazos con el primero que pase por la calle, si a ti te divierte... ¿Por qué te has puesto seria? ¡Ríete!

CLARA. Ahora no tengo gana de reírme.

EMILIO. ¿Te has disgustado? ¿Te has ofendido? ¡Tienes razón, chiquilla! Yo qué derecho tengo a acercarme a ti, a pedirte un poco de cariño, con toda mi carga de pecados viejos, peor que pecados, vaciedades, sandeces ¡Si supieras lo que me pesa toda la necedad de mi vida pasada desde que te quiero, ¡créelo!, como una criatura, temblando, temiendo!... ¡Si supieras lo que llevo padecido por ti, y lo que te agradezco todo lo que, sin tú saberlo, me has hecho pasar! Dices que quiero a otras. No quiero, no he querido nunca a nadie más que a ti. ¡Todo ha sido capricho, locura, engaño de mi propio corazón, que te ha estado esperando, que no ha sabido nunca lo que es amor hasta que tú le has enseñado a querer..., porque le has enseñado a sufrir!

CLARA. ¿Yo?

EMILIO. ¡No sabes tú cómo! Desatinadamente, a todas horas, con motivo y sin él, de remordimiento, de pena, de deseo, de celos. ¡Tú no sabes cómo abrasan los celos!, y por todo y de todo: de que te hablen, de que te miren, de si estás pensativa, de si estás alegre, de si suspiras, de si te ríes... ¡Esa risa tuya! Cuando no te ríes, daría la vida por oírte reír, y cuando estás

riéndote, me echaría un cordel al pescuezo, porque pienso: "¡Es feliz, es feliz... ella sola... porque sí, porque es joven, porque lleva dentro la felicidad y no te necesita para nada!... ¡Tú, que la necesitas a ella más que el aire que estás respirando!..." De todas maneras, bendito sea Dios que te ha puesto tan cerca de mí... Clara..., ¿en qué estás pensando?... Quiéreme..., déjame que te quiera..., déjame que te diga que te quiero..., mírame..., levanta esa cabeza... ¿Estás triste?

CLARA. No, no...

EMILIO. Pues ¿qué te pasa?

CLARA. No lo sé..., nada...; es que tengo..., no, nada..., así... como una angustia...

EMILIO. *(Acercándose más.)* ¿Una angustia muy grande? *(Ella afirma con la cabeza.)* ¿Sabes con qué se quita?

CLARA. ¡No, no!

EMILIO. Como tú quieras. ¡Siempre como tú quieras! ¿A qué estoy yo en el mundo más que a andar de rodillas por ti? Clara..., vida mía, alma mía..., si me quieres querer, no va a haber en el mundo hombre más feliz, ni mujer más querida... ¿Me dejas que te bese las manos? *(Con emoción grandísima al besarle las manos.)* ¡Ay, Señor, qué cosa tan pequeña..., y tan suave..., y tan fresca es la felicidad de un pobre hombre..., que no la merece!...

CLARA. ¡Ay, Dios mío!

EMILIO. ¿Qué te pasa? ¿Qué tienes? ¿Lloras?... Perdóname... ¿Por qué lloras? ¿Lloras porque me quieres?

CLARA. No sé...; me parece que quiero..., que quiero querer..., pero no sé...

EMILIO. Yo, sí. ¡Bendita seas! *(La abraza.)*

CLARA. *(Apartándose.)* ¡Mi madre!

ESCENA XII

Dichos, Doña Marianita y, después, *Pablo.*

EMILIO. *(Doña Marianita atraviesa el huerto corriendo.)* ¿Dónde vas tan de prisa, Mariana?
CLARA. ¿Dónde va usted, madre?
MARI. ¡Dejadme, dejadme!...
EMILIO. ¿Qué pasa?
CLARA. ¿Qué hay?
MARI. ¡Que llega, que llega...; le he visto desde la ventana...; es él, de seguro!... ¡Camila también le ha conocido...; más alto, más buen mozo!
PABLO. *(Desde la puerta.)* ¿Se puede?
MARI. Adelante.
PABLO. ¡Tía!
MARI. ¡Pablo!... ¡Después de tantos años de esperar, hijo! *(Vuelve a abrazarle.)* ¡Sin avisar!
PABLO. ¡Tío, aquí me tiene usted!
EMILIO. Ya, ya te veo... ¿A qué vienes?
PABLO. ¡Toma!... A verles a ustedes y a las fiestas del pueblo... Cinco años invitándome ustedes, y cinco años sin dejarme venir los pícaros estudios...; bueno, sí; los estudios.
EMILIO. ¿Y ya has terminado la carrera?
PABLO. Sí, tío: en junio.
EMILIO. Ya, ya.
PABLO. ¡Caramba! ¡Qué niña más...!
EMILIO. ... Bonita, ¿verdad? *(A Clara.)* Acércate: tu primo Pablo...; tu prima Clara.
PABLO. ¡Clara! ¡Pero si está desconocida! Eres una real moza, señora prima.
EMILIO. *(Con ironía.)* Te gusta, ¿eh?... Muy simpática, ¿no? ¿Se puede saber si has venido a caballo, corre que te corre, por la carretera?
PABLO. A caballo, sí; desde la estación. ¿Por qué?
EMILIO. Por nada. *(Clara se echa a reír.)* ¡Ríete, ríete que el caso tiene gracia!
CAMI. La cena está en la mesa, señora.

MARI. ¡Adentro, adentro, que traerás un hambre...!
PABLO. De lobo, tía. *(Pasan.)* ¡Vaya unos ojos retrecheros que tiene mi señora prima!
EMILIO. *(Con mal humor.)* ¡A buena hora se le ha ocurrido al ganso de mi sobrinito terminar la carrera!

TELÓN

ACTO SEGUNDO

La escena, el mismo huerto del primer acto. Al levantarse el telón, Clara, Juanita, Carmen y Aurora están en el corredor adornándolo con farolillos, percalinas, cadenetas de papel y ramas verdes. Alborotan y se mueven mucho. Jenaro y Pablo, en sendas mecedoras se mecen y fuman debajo de la parra. Doña Marianita entra y sale.

ESCENA I

Clara, Juanita, Carmen, Aurora, Doña Marianita, Jenaro, Pablo, Camila, Pepa; después, Don Emilio, Don Sebastián, Don Baltasar.

MARI. ¿Acabáis, niñas?
CAR. Sí, doña Marianita; ya falta poco.
CLARA. Ya estamos terminando, madre.
MARI. Es que ya son las tres, y a las cinco y media empieza la corrida, y os tenéis que vestir, y estáis ahí tomando un calorazo...
PEPA. *(Desde la puerta de la casa.)* ¡Señora!
MARI. ¿Qué pasa?
PEPA. ¿Que cuántos cubiertos se ponen en la mesa grande?
MARI. Los de todos los años. Vaya una pregunta.
PEPA. Es que ha dicho el señorito Emilio que vienen

a cenar también el predicador y los dos toreros, y el maestro de la banda de música..., ¡y tantos no caben!

MARI. ¡Ay, Señor! ¡Allá voy!...

NIÑO. *(Entrando de la calle.)* ¡Señora!

MARI. ¡Qué hay!

NIÑO. Que dice el tahonero que no van a poder estar los cochinillos para las ocho en punto, porque tiene muchas cazuelas...; ya se ve: como es la función y luego hay baile, todo el mundo quiere el asado para la misma hora.

MARI. ¡Válgame Dios! Anda, dile..., no, no; ahora voy yo dentro de un momento.

CAMI. *(Por la ventana.)* ¡Señora!

MARI. ¡Otra vez! ¿Qué quieres?

CAMI. Las llaves de la cueva, para subir el vino.

MARI. ¿Las llaves? *(Buscándose por todos los bolsillos.)* ¿Dónde he puesto yo las llaves? ¡Ay, Señor! ¡Clarita!

CLARA. ¡Madre!

MARI. ¿Tienes tú las llaves?

CLARA. ¿Las llaves? *(Repítese la busca por todos los bolsillos.)* No, señora.

MARI. ¡Con qué tranquilidad lo dices!

CLARA. ¡Madre!

MARI. Pues tú las has tenido esta mañana.

CLARA. Sí, sí...; deben estar puestas en el armario...; no; en el cajón de arriba de la cómoda...; nada, que no me acuerdo.

MARI. ¡Ay, hija, qué cabeza tienes tan destornillada!

PEPA. *(Desde la puerta.)* ¡Señora!

MARI. ¡Allá voy! ¡Ay, Señor, qué pena! *(Entra en la casa.)*

AURO. ¡Ay!

JENA. ¿Qué pasa?

AURO. Que me he cogido un dedo con el martillo. Ya podían ustedes subir a ayudarnos.

JENA. ¡Imposible! Estamos por la vida contemplativa.

CAR Lo que están ustedes es un buen par de maulas.

JENA. ¡Qué desagradecidas son las mujeres! *(Se levanta y se acerca a la escalera, mirando hacia arriba. Aurora se recoge cuidadosamente las faldas.)* ¿No les basta a ustedes que las admiremos con este fervor que nos quita hasta el movimiento?

AURO. Sí, sí; fervor...

JENA. Yo, positivamente, cuando la miro a usted estoy como en misa.

CAR. ¡Ay, ay, ay!

JENA. ¡Ay, ay, ay!

JUANI. *(Acercándose también a la barandilla.)* ¿A suspirar tocan? ¡Ay, ay, ay!

JENA. Usted no sabe suspirar, Juanita.

JUANI. ¿Por qué?

JENA. Porque no tiene usted corazón.

JUANI. ¡Ja, ja, ja! Más que usted.

JENA. Lo dudo; el mío es inmenso como el mar.

CAR. *(Cantando, sin acercarse.)*

Dicen que la mar es grande,
y caben muchos navíos...

JENA. Muchísimos, y una fragata real a toda vela, que es usted.

CAR. *(Acercándose a la barandilla.)* ¡Ay, qué risa!

CLARA. No hagas caso a Jenaro, Carmen, que sabe más que Lepe.

JENA. Niña, niña, ya que usted no me quiera, no les quite usted a otras la voluntad.

AURO. Qué callado está tu primo, Clara.

CLARA. Estará dormido. A los señoritos de Madrid les da mucho sueño el campo. *(Acercándose a la barandilla.)* ¿Duermes?

PABLO. No, señora; no duermo.

CAR. Estará enamorado...

PABLO. Me estoy enamorando ahora mismo.

JUANI. Sí, sí, al pueblo va a venirse a enamorar un madrileño... Con el sin fin de mujeres que habrá en Madrid.

PABLO. Sí que hay bastantes...

AURO. ¡Y con lo guapas que deben de ser!
PABLO. Sí que lo son.
CAR. ¡Y con la maña que tendrán para engatusar a los hombres!...
PABLO. Sí que la tienen, sí.
CAR. Ya lo ve usted.
PABLO. ¡Ay! Ya lo veo.
CLARA. ¡Ay! Por lo visto, la tarde está de suspiros.
PABLO. ¿Tú no suspiras nunca, señora prima?
CLARA. No tengo tiempo.
PABLO. Eso será; porque lo que es motivos no te deben faltar.
CLARA. ¡A mí! ¿Motivos? ¿Cuáles?
PABLO. Baja aquí un momentito, y te los diré al oído.
CLARA. ¿Nada menos que al oído?
PABLO. Nada menos. Es un secreto.
CLARA. Casi me vas entrando en curiosidad. *(Empieza a bajar con monería.)*
PABLO. Baja, baja... *(Ella se detiene a mitad de la escalera.)* Un poquito más... Así. *(Desde el último peldaño alarga ella la cabeza; él se acerca y le canta al oído.)*

La que se casa con viejo
tiene penitencia entera...

CLARA. *(Dando un respingo.)* ¡Vete a paseo!
PABLO. *(A voz en grito.)*

De día cruz y calvario
y de noche calavera.

CLARA. ¡Estúpido, necio, mamarracho! *(Muy furiosa.)*
PABLO. Duele la verdad, duele. ¡Ajajáy, qué regalo!
CLARA. ¡Ajajáy, qué gracia! *(Desde abajo.)* Vaya, niñas, andando, se acabó el palique. Yo me voy a vestir. Hasta luego.
CAR. ¡Mujer, qué prisas!
CLARA. Es ya muy tarde. Adiós.
AURO. Adiós.
JUANI. Hasta luego.

JENA. Clarita, no se vaya usted así, sin decirme nada.
CLARA. ¡Qué quiere usted que le diga!
JENA. Siquiera, buenas tardes.
CLARA. ¡Buenas tardes! *(Al ir a entrar en la casa Pablo se le pone delante, sin dejarla pasar.)*
PABLO. ¿Te has enfadado? *(Ella no responde.)* ¡Ay, qué ceño tan retesimpático! *(Ella hace un gesto de mal humor.)* ¿Hacemos las paces?... ¡Cómo ha de ser! *(Apartándose para dejarla pasar, y haciéndole una gran reverencia.)* ¡A los pies de usted, señora doña Clara! *(Mirándola de arriba abajo, mientras desaparece.)* ¡Ay, mi tío! *(Volviéndose a Jenaro.)* Vamos a ver, Jenaro, usted que es medio filósofo, ¿qué me dice usted de este caso?
JENA. ¡Lamentable, amigo, lamentable! Pero tiene sus precedentes en todas las literaturas. ¡El viejo y la niña! Don Juan hace conquistas, aunque esté con un pie en la sepultura. Las mujeres son soñadoras y materialistas. Suspiran por el príncipe encantado, y se casan prosaicamente con el que más se arrima. Por lo cual, todo el que hace madrigales, pierde el tiempo lamentablemente. Créame usted, los sueños no les sirven a ellas mas que para abrirles el apetito... Once hijos tuvo Laura, a compás de las rimas de Petrarca... ¡Once!... vástagos legítimos de su señor esposo, que de seguro no distinguía un soneto de una redondilla. *(Las tres muchachas, que han bajado la escalera, se han acercado a Jenaro y han estado oyéndole con gran atención, se echan a reír.)* ¡Ja, ja, ja!
JENA. En vista de lo cual, amigo... *(Volviéndose a las muchachas e intentando abrazar a una de ellas.)* ¡Abracemos!
PABLO. *(Repitiendo rápidamente el movimiento.)* ¡Abracemos!
MUCHA. ¡Ay, ay, ay! *(Echan a correr; ellos las persiguen riendo, y ellas tropiezan en la puerta con don Emilio, que entra seguido de don Sebas-*

tián, y que, abriendo los brazos para detenerlas, las abraza en grupo.)

EMILIO. ¡Abracemos!

SEBAS. *(Frotándose las manos de gusto.)* ¡Más vale llegar a tiempo que rondar un año!

JENA. *(Malhumorado.)* Pero qué suerte tiene usted, hombre.

EMILIO. Regular... *(Coge a las tres muchachas de la mano, y las trae en racimo al centro de la escena.)* Y vamos a ver, niñas, ¿puede saberse por qué huían ustedes de mi casa con tanta precipitación?

CAR. *(Mirando de reojo a Jenaro, y esforzándose por contener la risa.)* ¡Buena está su casa de usted!

AURO. *(Mirando de reojo a Pablo y también con ganas de reír.)* ¡Sí, sí... buena!

EMILIO. ¿Quién les ha faltado a ustedes al respeto? Estos jóvenes, ¿eh?

JENA. Me parece que no han sido precisamente los jóvenes...

EMILIO. ¡Silencio! Aquí no habla más que la parte ofendida. ¿Les perdonamos? ¿Tenemos en cuenta lo irresistible de la tentación? ¡Ay, qué ojos! ¿Les dejamos marchar sin castigo?... ¡Vaya una boquita de misericordia! ¿Les dejamos, nena?... El que calla, otorga. *(Volviéndose a Jenaro y Pablo.)* ¡Ya lo oyen ustedes, perdonados... y a casita, a casita!

JENA. Agradeciendo... y a la recíproca.

PABLO. Muchas gracias, tío.

EMILIO. A casita, a casita...

JENA. *(A Carmen.)* ¡Esta noche, en el baile, me las paga usted todas juntas!

CAR. ¡Yo!

JENA. ¡Usted!

EMILIO. *(Acercándose.)* ¿Qué es eso de amenazar en mi presencia a una señorita?

JENA. ¡Ya me voy, hombre, no tenga usted prisa! ¿Viene usted, Pablo?

PABLO. No: voy a dar una vuelta por el huerto.

JENA. Desconfíe usted de los madrigales.
PABLO. ¡Descuide usted! *(Saludándose con un gesto de amistosa inteligencia, salen uno por la puerta de la calle y el otro por detrás de la casa.)*
CAR.. Nosotras también nos vamos.
EMILIO. ¡Cómo se entiende! ¿Dónde van ustedes?
AURO. A ponernos guapitas para la corrida.
EMILIO. ¿Todavía más?
CAR. ¡Ay!, todo es poco. Están los tiempos muy malos.
AURO. ¡Malísimos!
EMILIO. Pero si deben ustedes tener los adoradores a docenas.
CAR. ¡Ay, a docenas!
AURO. Con uno bueno por barba nos contentaríamos.
EMILIO. ¿Así estamos?
AURO. ¡Así!
EMILIO. Pero ¿en qué están pensando los señoritos de este pueblo?
CAR. ¡Eso digo yo!
EMILIO. Y Juanita, ¿qué dice?
JUANI. Yo no digo nada.
EMILIO. ¿Apostamos algo a que ésta tiene novio?
JUANI. ¿Yo? ¡Ni ganas!
AURO. Lo que es eso de ganas...
JUANI. ¡Ay, hija...!
CAR. Vaya, aquí estamos perdiendo el tiempo.
EMILIO. No tanto como a usted se le figura.
CAR. ¡Ay, que no!...
EMILIO. Hay aquí mucho corazón.
AURO. Pero repartido entre todas, íbamos a tocar a muy poco. Vaya, hasta la vista.
CAR. Adiós, señores.
JUANI. Adiós, don Emilio y la compañía.
EMILIO. Adiós, niñas... y a ver lo que se hace por ahí...
CAR. No hay cuidado.
AURO. Lo que es como no caiga por la feria algún forastero de buen corazón... *(Salen. Al pasar, don Sebastián, que, mudo toda la escena, la ha llenado con una expresiva pantomima de sa-*

tisfacción, excitado por la galantería triunfal de su ídolo, intenta pasar la mano por la cara a Juanita, que da un respingo, muy indignada.)

JUANI. ¡Mira el viejo éste!

EMILIO. Sebastián, Sebastián, formalidad... *(Se despide de las niñas desde la puerta, mirándolas marchar y haciendo gestos de cómica aflicción y resignación.)*

EMILIO. Buenas muchachas, ¿eh?

SEBAS. Sí; pero ¿y la otra?

EMILIO. Buena también, gracias a Dios.

SEBAS. Buena... sí... buena, pero ¿qué más?

EMILIO. ¿Qué más?

SEBAS. Sí, ¿qué más? ¿qué pasa?

EMILIO. No pasa nada.

SEBAS. *(Muy afligido.)* Emilio, ¿ya no tienes confianza conmigo?

EMILIO. ¡Sebastián, no seas majadero!

SEBAS. Cuenta, cuenta...

EMILIO. ¡Si no hay nada que contar, hombre!

SEBAS. ¡Con qué tranquilidad lo dices!

EMILIO. ¡Qué haremos con afligirnos!

SEBAS. *(Vacilando, como si fuera a decir una blasfemia.)* ¿De modo que... tu sobrina... Clara... no... no te... quiere?

EMILIO. Yo no he dicho eso.

SEBAS. ¡Ah! vamos... cuenta, cuenta.

EMILIO. Silencio, que viene.

SEBAS. ¡¡Ella!! ¿Me marcho? ¡No me marcho! *(Queda a la expectativa, relamiéndose. Clara sale de la casa, y atravesando muy de prisa el jardín, intenta salir por la puerta que da a la calle.)*

CLARA. Buenas tardes. Adiós.

EMILIO. Eh, niña, niña... *(Deteniéndola.)*

CLARA. Voy con mucha prisa...

EMILIO. Pero oye...

CLARA. Muchísima... figúrese usted que el tahonero dice que no puede tener los cochinillos para las ocho. Un horror. Hasta luego...

EMILIO. Pero escucha...

CLARA. Figúrese usted cómo está mi madre... Vuelvo en seguida. Adiós. Adiós, don Sebastián. *(Sale corriendo.)*

EMILIO. ¿No preguntabas lo que pasa? Pues eso es lo que pasa.

SEBAS. No comprendo.

EMILIO. Sí, hombre; que siempre tiene mucha prisa... que nos queremos mucho, ¡mucho!... pero que como son las fiestas... que hay que arreglar la casa... que viene la modista... que hay que ir a la novena... que llegan las amigas... ¡un jaleo! *(Imitando a Clara.)* ¡Un horror!... No hay tiempo para nada... Sí, sí, en seguida vuelvo, vuelvo en seguida... pero hace tres días que ya está volviendo y que no acaba nunca de volver. Total, que en setenta y dos horas no he podido decirle setenta y dos palabras. Eso es todo. ¿Estás ya satisfecho?

SEBAS. *(Con terror.)* ¡Emilio!

EMILIO. *(Con mal humor.)* ¡Sebastián!

SEBAS. Y ¿qué vas a hacer?

EMILIO. Esperar a que vuelva. ¡Lo que es de ésta no se escapa! *(Entra un chiquillo apresuradamente.)*

MUCHA. Don Emilio, don Emilio...

EMILIO. ¿Qué ocurre?

MUCHA. Que vaya usted corriendo al Ayuntamiento... que van a repartir los cetros para la procesión...

EMILIO. Que los repartan.

MUCHA. Es que si no está el mayordomo allí no puede ser.

EMILIO. Pues que se lo cuenten al mayordomo.

MUCHA. Es que el mayordomo es usted.

EMILIO. Dí que ahora voy... dentro de un rato.

MUCHA. Es que están esperando los hermanos...

EMILIO. ¡¡Fraternidad!! ¡Allá voy! *(Va a salir y se cruza con Clara, que vuelve.)*

CLARA. Adiós, tío.

EMILIO. Oye, oye...

CLARA. Tengo mucha prisa.

EMILIO. Yo también... pero escucha... Esta tarde, antes de la corrida, tenemos que hablar... mucho...
CLARA. Cuando usted quiera, tío.
EMILIO. ¡No me llames tío!
CLARA. Cuando usted quiera.
EMILIO. ¡No me digas de usted!
CLARA. *(Con esfuerzo.)* Cuando... quieras.
MUCHA. ¿Viene usted, don Emilio?
EMILIO. Ya voy, ya voy... ¿Lo oyes? Antes de la corrida...
CLARA. Cuando usted quiera, sí... cuando us... cuando quieras. Adiós. *(Sale don Emilio, seguido de Sebastián. Clara se detiene un momento y suspira.)* ¡Ay, Señor! *(Luego se dispone a entrar en la casa, pero Pablo, que ha estado al acecho, sale y le corta el paso.)*

ESCENA II

Clara y Pablo.

PABLO. Adiós, Clara.
CLARA. *(Queriendo pasar de largo.)* Adiós... tengo mucha prisa.
PABLO. Pero tú siempre tienes mucha prisa.
CLARA. Muchísima... Déjame pasar.
PABLO. No puede ser. Tengo que decirte una cosa.
CLARA. Ya me la dirás luego.
PABLO. Tiene que ser ahora mismito.
CLARA. ¿Tan importante es?
PABLO. ¡Importantísima!
CLARA. Bueno, dila y acaba.
PABLO. ¿Sigues tan enfadada conmigo como antes?
CLARA. No.
PABLO. ¿Te has contentado ya?
CLARA. Sí.
PABLO. ¿Palabra?
CLARA. Palabra. *(Quiere pasar.)*
PABLO. Espera, espera, que tengo que decirte otra cosa.

CLARA. ¿Tan importante como ésa?
PABLO. Mucho más importante.
CLARA. A ver.
PABLO. Que te quiero.
CLARA. ¿De veras?
PABLO. ¡Como un loco, como un salvaje, como un desdichado!
CLARA. Bueno, memorias. *(Sale sin quererle escuchar.)*
PABLO. Espera... espera... escucha... que te tengo que decir otra cosa. ¡Que si quieres! ¡Por esta mujer hago un desatino! *(Entra resueltamente en la casa. La escena queda un momento sola.)*

ESCENA III

El *Predicador*, el *Matador de toros*, el *Sacristán* y el *Mozo de estoques*. Después, *Doña Luisa, Don Emilio, Doña Marianita* y *Clara*. Se ve asomar al Predicador por la puerta de la calle; mira bien la casa, y entra seguido del Sacristán, que lleva la bolsa de seda roja. Apenas ha entrado, aparece el Matador de toros seguido del Mozo de estoques, que lleva el hatillo; repiten la pantomima en la puerta, y entran también.

SACRIS. ¡Ave María Purísima!
MOZO. ¡A la pa e Dios!
PREDI. Llama al aldabón. *(El Sacristán llama: nadie responde.)*
SACRIS. Nada, que no contestan.
MOZO. Ni pío. *(Da vueltas y palmadas.)*
PREDI. Ya saldrán; deja eso ahí en una silla, y te puedes marchar.
SACRIS. Está bien, don Cirilo; si necesita usted algo, ya lo sabe usted, ahí estoy, a la vuelta, con el demandadero de las Clarisas.
PREDI. Está bien.
MOZO. ¿Me las piro?
MATA. Píratelas. Deja eso por cualquier parte, y dentro de media hora aquí, para que vayamos a vestirme.

MOZO. Está bien. Si se te ofrece algo, ya lo sabes; ahí, a la vuelta, con los compañeros, en la taberna de Pelos Rufos.

MATA. Andando. *(Salen a un tiempo el Sacristán y el Mozo de estoques, y se miran con recelo. El Sacristán se adelanta con cierta prisa. El torero le mira despreciativamente, y escupe por el colmillo.)* Pos seño, esto parece una casa embrujá... con perdón sea dicho, señor cura...

PREDI. Sí que es raro que no salga nadie.

MATA. Más valdrá sentarse. *(Se sienta.)*

PREDI. Tiene usted razón. *(Se sienta. Pausa.)* Buena tarde les hace a ustedes para la corrida.

MATA. No sé qué le diga a usted. Hay por ayí unas nubes de viento que puede que nos hagan la pascua... con perdón sea dicho, señor cura...

PREDI. Mucho tiempo hace que no nos encontrábamos.

MATA. Desde la fiesta del Cristo en Villavieja, pa setiembre hace un año.

PREDI. Sí que es verdad. Por cierto que el mes pasado, en la del Carmen, que prediqué como todos los años, me sorprendió que no estuviera usted en la Nava.

MATA. ¡Calle usted! Si han llevao al Chano, un maleta indecente, con perdón sea dicho. Ya no valen na las fiestas de la Nava: es como la feria de Villanueva. ¿A que este año no le han llamao a usted tampoco? Desde que han prohibido el juego, está to eso perdío...

PREDI. Sí que es verdad.

MATA. En fin, la Virgen Santísima nos dé una hora güena, porque lo que es en este pueblo, me gusta quedar como es debío...; ya va pa cinco años que venimos, ¿no?

PREDI. Cinco años, sí.

MATA. Ya sé que esta mañana ha estao usted güeno. No es que yo haya oído el sermon, porque la iglesia pa mí tié mala pata, con perdón sea dicho, señor cura... pero me lo ha contao quien ha estao ayí y lo entiende. No sé qué dice que había dicho usted de Santiago bendito... de

los pececiyos de la mar, y el escuo de España... en fin, cosa fina. A ve si yo no me queo atrás esta tarde, que to podría ser con esas nubesiyas.

PREDI. ¿No le parece a usted que podemos volver a llamar?

MATA. Sí, porque el don Emilio dijo que venía en seguida... pero ya, ya... *(Se levanta y se acerca a la puerta a tiempo que entra doña Luisa muy compuesta.)*

LUISA. ¿Se puede pasar? *(Viendo al torero y al cura.)* ¡Ay, don Cirilo, usted por aquí! ¿Cómo está usted? ¡Cuantísimo me alegro de verle! *(Le besa la mano, con muchos extremos, fingiendo que no ve al torero.)*

PREDI. ¡Adiós, doña Luisa!

MATA. ¡Buenas tardes, señora!

LUISA. *(Desdeñosa.)* Muy buenas. *(Hablando con el cura.)* ¿Ha visto usted ya a Emilio?

PREDI. No hemos tenido todavía el gusto de ver a nadie.

MATA. A la cuenta, en esta casa debe de haber fayesío toa la familia.

LUISA. ¡Jesús, qué atrocidad! *(Dirigiéndose siempre al cura.)* ¿No han llamado ustedes?

MATA. ¡Que si no hemos yamao! Gracias a que aquí el señor cura y yo nos hemos estao ayudando a bien morir uno a otro, y viceversa.

LUISA. ¡Ay, no gaste usted bromas con la muerte!

MATA. ¿Le tiene usted miedo a morirse?

LUISA. ¿Y usted no?

MATA. A mí entoavía me quedan muchos años por viví.

LUISA. ¡Sólo a usted! Me gusta.

MATA. Es un decir, porque con el pícaro oficio que uno tiene no pué uno responder de na... pero, por ley natural, usted tiene que ir p'alante, con perdón sea dicho, un poquiyo más antes que un servidor.

LUISA. ¡Grosero!

MATA. Aquí el señor cura nos enterrará a todos, porque pa él es el mundo.

LUISA. ¡Se quiere usted callar!

MATA. ¡Punto en boca! *(El cura se ríe silenciosamente.)*

LUISA. ¿De qué se ríe usted?

PREDI. Yo, señora.

LUISA. Sí, sí, bueno es usted también, a pesar de los hábitos.

PREDI. ¡Señora!

LUISA. *(Acercándose mucho.)* ¡Nos conocemos, nos conocemos! ¿Qué tal esa guitarra? No se ruborice usted, que el cantar peteneras no es ningún pecado. ¡Y que usted las canta con una expresión!...

PREDI. ¡Las cantaba, señora, las cantaba! ¡Flaquezas de los pocos años!

LUISA. ¡Ay, cómo me emocionan a mí las peteneras! Aquella de

Si el amor que he puesto en ti
tan firme y tan verdadero...

MATA. Pero no digamos na de aquélla:

En el cementerio entré,
y dije al sepulturero...

LUISA. *(Tapándose los oidos.)* ¡Pero este hombre quiere acabar conmigo! ¡Ay, ya está aquí Emilio!

MATA. ¡Ja, ja, ja!

LUISA. *(Acercándose con apresuramiento a don Emilio, que entra.)* ¡Pero cómo sabe este hombre hacerse esperar!

EMILIO. ¿Todavía no se ha muerto usted, señora?

MATA. ¡Ja, ja, ja!

EMILIO. ¡Estos aquí ahora! Buenas tardes, señores.

PREDI. Buenas tardes.

MATA. Muy buenas.

EMILIO. ¡Pero cómo no han llamado ustedes! Ustedes

dispensen... estas mujeres están locas... Mariana, Mariana... pasen ustedes y refrescarán... Mariana.

MARI. *(Saliendo muy apurada.)* Ya voy, niño; ¿qué pasa?

EMILIO. ¿Dónde estáis metidas? Estos señores llamando hace una hora...

MARI. Por Dios, niño... ¡Ay, Señor, qué trastorno! Ustedes dispensen. Pase usted, don Cirilo... Pase usted, don... señor...

MATA. Vicente Sánchez, para servir a usted, alias er Seboyero.

MARI. Pase usted, señor Cebollero, pase usted...

EMILIO. ¿Y tu hija?

MARI. ¿Clara? No lo sé. *(Sale Clara.)* Ahí la tienes.

EMILIO. ¿Dónde vas?

CLARA. Ahí, al huerto a cortar unos claveles.

EMILIO. Espérame, que salgo en seguida. ¿Qué te pasa?

CLARA. ¿A mí? Nada.

EMILIO. ¿Estás triste?

CLARA. ¿Yo? No.

PEPA. *(Desde la ventana.)* ¡Señora!

MARI. ¡Qué!

PEPA. ¿Que cuántas jícaras de arroz se sacan?

MARI. Allá voy. Emilio, estos señores.

EMILIO. Voy, voy... Salgo ahora mismo.

CAMI. ¡Señora!

MARI. ¡Ay, Santiago bendito! ¡Esto sí que es ganar el infierno con trabajo! *(Entran todos, menos Clara, que se queda en el huerto y se dispone a cortar unos claveles.)*

ESCENA IV

Clara y *Pablo*. Pablo sale con un abrigo al brazo. Finge querer pasar sin que le vea Clara, pero en realidad hace cuanto puede por llamarle la atención. Ella se vuelve y se le queda mirando.

CLARA. ¿Dónde vas tan de prisá?
PABLO. A la estación.
CLARA. ¿A qué?
PABLO. A preguntar a qué hora pasa el tren.
CLARA. ¿Para dónde?
PABLO. Para Madrid.
CLARA. ¿Te marchas a Madrid?
PABLO. Esta misma tarde.
CLARA. Pues no te ha entrado a ti poca prisa.
PABLO. Es que aquí no tengo nada que hacer.
CLARA. Te aburres, ¿eh?... ¡naturalmente!
PABLO. Me desespero, que es muy distinto...
CLARA. ¡Ah! vamos...
PABLO. ¿Es ésa toda la despedida que se te ocurre?
CLARA. Que lleves buen viaje.
PABLO. Gracias.
CLARA. Y que te diviertas mucho.
PABLO. Procuraré. *(Ella hace ademán de marcharse.)* No te vayas tan pronto *(Ella se le queda mirando.)* Antes de marcharme te quiero decir otra cosita.
CLARA. ¿Tan importante como la de antes?
PABLO. Muchísimo más importante.
CLARA. ¿Ah, sí? ¿Y qué es ello?
PABLO. *(Acercándose a ella.)* Que tú... tù, ¿lo oyes?, tú me quieres a mí.
CLARA. ¿Yo?
PABLO. ¡Tú!
CLARA. Bueno, expresiones. *(Se dirige a la puerta.)*
PABLO. Esa, ¡ésa es la prueba! Te marchas porque tienes miedo.
CLARA. A ti, ¿verdad?
PABLO. O a ti misma; es igual.

CLARA. ¿Ah, sí? *(Se sienta resueltamente en una mecedora.)*
PABLO. ¿Qué haces?
CLARA. Sentarme aquí para ver si se me come el lobo.
PABLO. Así me gustan a mí las mujeres. ¡Valientes!
CLARA. Sí, ¿eh? Pues yo tengo más valor que el Cid.
PABLO. Sí que es verdad; ¡mira que a los diez y nueve años!...
CLARA. Diez y ocho y dos meses.
PABLO. Mira que a los diez y ocho años y dos meses, con esa cara, con esos ojos, con ese cuerpo, con esas manos, con esos pies...
CLARA. Si empiezas a decir tonterías, me voy.
PABLO. ¿Te vas? ¡Como si no te hubieras quedado ahí por el gusto de oírlas!
CLARA. *(Dudando entre ofenderse y reírse.)* ¡Qué poca aprensión tienes...!
PABLO. ¡Gracias! Como íbamos diciendo, valor se necesita para casarse con quien te vas a casar, teniendo todas esas cositas... ¡ejem!, que hemos dicho que tienes, y... ¡ejem!, teniéndome a mí, por añadidura.
CLARA ¡Ya pareció aquello!
PABLO. Naturalmente.
CLARA. Pues, hijo mío, cada uno tiene sus gustos.
PABLO. Me irás a decir a mí que te gusta el tío...
CLARA. Claro que sí.
PABLO. Mucho, ¿verdad?
CLARA. Muchísimo.
PABLO. Que sea enhorabuena.
CLARA. Gracias. *(Pausa.)*
PABLO. Te gustará por joven... a no ser que te guste por viejo... Sí, es una probabilidad como otra cualquiera de quedarte pronto viuda.
CLARA. Para casarme contigo, ¿verdad?
PABLO. ¿Después del tío? ¡Quiá! Ibas a quedar muy mal enseñada.
CLARA. ¡Insolente!
PABLO. Lo que tú habrás dicho... Esto de ser la única... de que este buen señor ¡a sus años! no

haya querido a nadie más que a mí, ¡ya es algo!

CLARA. ¡Ay, hijo!; has de saber que la mujer que es el último amor de un hombre es el amor de todos sus amores, y se lleva lo mejor de su vida.

PABLO. ¿Sí? Vea usted qué cosas tan profundas se les ocurren ahora a las niñas de diez y ocho años y dos meses. *(Pausa.)* En serio, Clarita: eso que vas a hacer es una locura. Te lo digo porque te quiero para mí, pero lo mismo te lo diría aunque no te quisiese... aunque fueses mi hermana. ¿Has pensado en la vida que te aguarda? Dentro de tres o cuatro años, cuando estés más bonita y con más ganas de reír que nunca, enfermera perpetua junto al sillón de un viejo... muy simpático... pero muy catarroso, y que no tiene derecho a ese sacrificio. ¡La juventud es para la juventud!... y aquí tienes la mía, con una gana de reír que asusta, y un hambre de quererte que tira de espaldas... ¡ah! y con cuerda para un cuarto de siglo, por lo menos.

CLARA. Por lo menos.

PABLO. ¿Te enfadas?

CLARA. No me enfado. Te agradezco la buena intención; pero, hijo mío, las cosas son como han de ser... y la felicidad tiene muchos caminos.

PABLO. No tiene más que uno: quererse de veras, con alegría, con ilusiones que puedan ser esperanzas para los dos a un tiempo, con muchos años por delante, como me puedes querer tú a mí, como te quiero yo a ti, criatura.

CLARA. *(Un poco conmovida, pero echándolo a broma por testarudez.)* Sí, que tú a mí me querrás mucho.

PABLO. No te lo puedes tú figurar.

CLARA. Amor de verano.

PABLO. Ponme a prueba, y verás.

CLARA. ¡A prueba! ¿Te tirabas tú a un pozo por mi cariño?

PABLO. ¡Si no estabas tú dentro, no!

CLARA. ¡¡Ah!! ¿Eras capaz de darte de trastazos con el primer hombre que pase por la calle?

PABLO. Si te hubiera ofendido, sí.

CLARA. No, no, sin ofensa. Sólo por divertirme...

PABLO. Un poquito raro es el capricho, pero...

CLARA. No hay pero que valga: ¿sí o no?

PABLO. Bueno, pues sí.

CLARA. Bueno, pues sí. *(Muy excitada, y sin saber lo que se dice.)* ¡Ay, amigo! No somos aquí tan tontas como parece... ¡Amor, amor, amor!... Qué poco cuesta decir palabras, pero luego... ¡Ay, Señor!... ¡Ay, Señor, qué pena!, como dice mi madre... ¡Sí, más vale reírse, más vale reírse! *(Se ha ido excitando poco a poco, y rompe en una risa nerviosa, que acaba en llanto.)*

PABLO. *(Muy asustado.)* ¡Clara!

CLARA. ¡Ja, ja, ja!

PABLO. ¿Qué te pasa? Me asustas. ¿Lloras?

CLARA. Bueno está lo bueno. No lloro, no. Me río, ¿no ves que me río?... ¿Por qué me miras con esos ojos? *(Calmándose y quedándose muy seria.)* Ya no me río, ea.

PABLO. Clara, no te eches a perder la vida, y no me la amargues a mí para siempre. Dicen que eso del amor, así de golpe, es una simpleza. No sé los demás. Yo, desde que te vi la otra tarde... al llegar, te quiero definitivamente... así, como lo oyes. Y, no te ofendas, que no es por presunción: estoy casi seguro de que a ti te sucede, poco más o menos, lo mismo...

CLARA. No sé qué motivos te he dado para que creas eso.

PABLO. Ninguno. Eres una muchacha formal, prudente, desdeñosa.

CLARA. Ya ves.

PABLO. Pero el cariño es como el vino añejo: salta a los ojos.

CLARA. No, no...

PABLO. ¡Mira que es cosa buena la vida! ¡Vaya un caminito para ir los dos del brazo! Y vaya un

par de peregrinos por esas carreteras de Dios. ¡Y que no nos íbamos a reír con ganas!... ¡que no íbamos a correr y a bailar hasta que nos cayésemos de viejos! ¡Y que no vas a estar tú poco bonita de vieja!, con esos rizos negros, blancos, y con una papalina de encaje, y con unos lentes... y haciendo media.

CLARA. ¡Ja, ja, ja!

PABLO. ¡Así me gusta a mí; que te rías!

CLARA. *(Rehaciéndose.)* Si no me río.

PABLO. Pues no te has de reír. Anda. *(Le ofrece el brazo.)* Que está esperando el tren... dame el brazo, y en marcha. ¿Nos vamos?

CLARA. Quita, quita; estás loco.

PABLO. ¡Ya lo creo, de remate, por ti! ¡Desde que entré por esa puerta, desde que te vi, desde que me miraste!... Y tú, ¿no me quieres a mí siquiera un poco? *(Ella sonríe, como asintiendo, pero no habla.)* ¿Un poquitillo más? *(Ella sonríe y baja los ojos.)* ¿Mucho?... ¿Muchísimo? *(Ella sonríe, ruborizándose.)* ¿Como yo a ti? *(Ella sonríe levantando los ojos y mirándole cara a cara con ternura.)* ¡Bendita sea tu boca, que dice callando más que cien ruiseñores cantando! ¡Eres la mujer más buena y más bonita de la tierra, y yo el hombre más dichoso del mundo! Mírame otra vez. Vamos a ser tú y yo más felices, más felices...

CLARA. ¡Que un final de cuento! *(Dándose cuenta de que ha repetido las palabras de don Emilio.)* ¡Ay, el tío!

PABLO. ¿Dónde?

CLARA. No, no; si es que me acuerdo. ¿Qué va a decir ahora? Porque él me quiere mucho, no creas, y esto es portarse muy mal con él... pero muy mal.

PABLO. Déjalo de mi cuenta. Yo le explicaré...

CLARA. No, no; tengo que decírselo yo.

PABLO. ¿Te atreves?

CLARA. ¡Ya lo creo! Además, es mi obligación... él siempre se ha portado muy bien conmigo...

PABLO. Como quieras.
CLARA. Diciéndoselo yo... con cariño... le hará mejor efecto.
PABLO. Lo dudo.
CLARA. Sí, sí, en cuanto le vea. Ahora, dentro de un rato. ¡No faltaba más!
EMILIO. *(Dentro.)* ¡Clara, Clara!
PABLO. Ahí le tienes.
CLARA. *(Echándose a temblar.)* ¡Ay, Jesús; ay, Jesús!
PABLO. ¿Qué te pasa?
EMILIO. *(En la puerta.)* ¡Clara!
CLARA. ¡Ay, Señor mío!
PABLO. Pero ¿y aquel valor?
CLARA. Díselo tú, díselo tú... Yo no me atrevo. *(Escapa a correr, y tropieza con don Emilio en la puerta.)*

ESCENA V

Emilio y *Pablo;* después *Clara.*

EMILIO. ¡Clara!... ¿Qué le pasa a esa loca?
PABLO. Nada, tío... que le estaba esperando a usted para decirle una cosa, y al verle a usted llegar le ha entrado miedo.
EMILIO. ¿Miedo a mí o a lo que tenía que decirme?
PABLO. Puede que a las dos cosas.
EMILIO. ¿Y te ha encargado a ti de la embajada?
PABLO. A mí.
EMILIO. Me la figuro.
PABLO. Más vale; porque así me ahorra usted el disgusto de dársela.
EMILIO. ¿Y si yo tengo gusto en oírla?
PABLO. Como usted quiera.
EMILIO. Empieza... ¡y acaba!
PABLO. Clara y yo nos queremos... y hemos decidido...
EMILIO. Casaros, ¿verdad?
PABLO. Justo, casarnos.
EMILIO. ¡Señor sobrino: eres un canalla!
PABLO. ¡Tío!

EMILIO. Sí, porque cuando llegaste a esta casa te enteraste de sobra de que Clara, de que... en fin, de que la quiero.
PABLO. También la quiero yo.
EMILIO. ¡Esa no es disculpa!
PABLO. Pues es la única que tengo.
EMILIO. ¡Pues, hijo mío, por la puerta se va a la calle, y por la calle a la estación, de modo que andandito!
PABLO. Sí, señor; con ella.
EMILIO. ¡Con ella!
PABLO. Con ella.
EMILIO. Mientras yo viva, no será verdad.
PABLO. Permítame usted que le diga que en eso no es usted quien tiene que decidir.
EMILIO. Eres tú, ¿verdad?
PABLO. Tampoco; es ella.
EMILIO. ¡Dale con ella!
PABLO. ¡No se enfade usted, tío!
EMILIO. Bailaré de contento, si te parece. Tiene gracia el niñito... Vine, vi y vencí. ¡Canastos con el don Juan Tenorio!
PABLO. Tío, si ya no tiene remedio...
EMILIO. No, ¿verdad? Pasión irresistible... y de golpe y porrazo, como un tabardillo. Claro está, la niña es apetitosa, y luego el gustazo de jugársela al viejo. Miel sobre hojuelas.
PABLO. ¡Tío, si no es eso!
EMILIO. ¿No? Pues tú dirás.
PABLO. Si usted me deja.
EMILIO. Habla, habla. Por muchas retóricas que digas, no ha de cambiar el caso.
PABLO. Es que...
EMILIO. Sí, sí; que la niña tenía unas ganas rabiosas de novio...; que no había en el pueblo ningún hombre posible; que se aburría mucho, y que para matar el aburrimiento, bueno es el tío. Que llegó el sobrino, que encontró el horno a temple, y que convenció a la niña de que el tío era demasiado viejo. ¡Magnífico! Pero, hijo mío, no cantes victoria. Amor de niña,

agua en cesta. Puede que esta noche en el baile se presente un tercero en discordia, y la convenza de que tú eres demasiado joven. ¡Arrieros somos, que el camino andamos! Adiós. *(Và hacia la casa.)*

PABLO. ¡Tío!

EMILIO. ¿Qué pasa?

PABLO. No se vaya usted así, ofendido conmigo.

EMILIO. ¡Ah, vamos! Todavía tengo que quedar finamente, que darte el parabién, ¿no es eso lo que quieres?

PABLO. Quiero que usted me oiga.

EMILIO. Es verdad, no se te vaya a indigestar el discursito que tienes preparado. Desahoga, hijo mío...

PABLO. La cosa es un poco violenta para todos; pero no tenemos la culpa ninguno. Usted la quiere a ella. Es muy natural.

EMILIO. Vaya, vaya.

PABLO. Ella también le quiere a usted muchísimo...

EMILIO. Tantas gracias.

PABLO. Le quiere a usted muchísimo, pero de otro modo.

EMILIO. Comprendo. ¡Como a un padre! Efecto dramático un poco gastado, pero que todavía cònmueve al burgués sensible. ¿Qué más?

PABLO. Que cuando usted la habló..., ella es muy inocente.

EMILIO. No tanto como a ti se te figura.

PABLO. Y tomando cariño por cariño, creyó pagarle a usted de buena ley...; luego, las circunstancias...

EMILIO. Las circunstancias, ¿eh? ¿Eres determinista, como Jenaro?

PABLO. Soy un hombre que le estima a usted mucho, que siente darle a usted este disgusto, que le pide a usted todos los perdones posibles, pero que está todo lo enamorado que un hombre puede estar.

EMILIO. ¡Que aproveche! ¿Has terminado ya?

PABLO. Ya.

EMILIO. Pues ahora empiezo yo. Como tú dices, el lance es muy desagradable para mí...; pero como no tiene remedio, más vale quedar en postura gallarda. Renuncio, pues, a la mano de doña Leonor, y me consuelo recordando que, después de todo, he sido su primer amor, y la he preparado admirablemente para el segundo. Su primer amor..., porque, sobrino mío, no hay que darle vueltas: la primera vez que ha temblado al oír que un hombre le decía: "¡Te quiero!", se lo estaba diciendo yo. Y ese primer temblor de los diez y ocho años, ya ves tú, una cosa tan pequeña y tan leve, deja señal para toda la vida. Te lo digo yo, que entiendo de temblores. Valiente consuelo, ¿verdad? Ya ves tú, a mí me da mucho gusto pensar que en todos los besos que te dé a ti, estará el sabor de ése que a mí no me ha dado. Cada uno es feliz a su modo. *(Con mala intención.)* Además, le viene de casta la maestría en el arte de amar: por parte de madre, me tiene a mí, y su padre, si no se muere a tiempo, me quita la fama; no te digo más. Serás un marido afortunado, y yo así lo deseo. Pero ¡cuidado! Puede que me hayas hecho un favor. Dices que Clara es muy inocente; acaso seas tú más inocente que ella. En fin, si con todo su candor me ha jugado esta buena partida, figúrate si llegas a venir unos meses más tarde, cuando ya el matrimonio ¡conmigo! la hubiese hecho perder la inocencia. ¿Por qué pones esa cara tan tétrica? Todo es broma en el mundo. *(Con tristeza resignada.)* Llámala, llámala, que le quiero dar la enhorabuena; no tengas miedo; de todo corazón.

PABLO. ¡Clara, Clara! *(Clara se asoma a la ventana, y al ver a su tío la cierra de golpe, dando un grito.)*

CLARA. ¿Qué hay?

EMILIO. Baje usted, baje usted, señora mía...

CLARA. *(Cerrando la ventana.)* ¡Ay!

EMILIO. Existe la conciencia. ¡Quién lo diría! Vuélvela a llamar.

PABLO. ¡Clara, Clara!

CLARA. *(Volviendo a asomarse a la ventana.)* ¿Qué quieres?

PABLO. ¡Baja! *(Clara desaparece. Los dos hombres, sin pronunciar palabra, pasean. Ella aparece en la puerta, y se queda sin atreverse a adelantar.)*

EMILIO. Acercate, que tengo que decirte cuatro cositas.

CLARA. ¡Tío!

EMILIO. ¡Tío! Has hecho bien..., si él te gustaba más; pero no has sido franca, y en eso has hecho mal.

CLARA. ¡Tío!

EMILIO. Sé muy feliz, y se acabó la historia.

CLARA. ¿Esta usted enfadado?

EMILIO. No, por cierto.

CLARA. ¡Qué bueno es usted!

EMILIO. ¿Verdad? Ya está ese corazón compasivo pensando en alegrarme la vejez...

CLARA. ¡Yo!

EMILIO. Sí, señora. Soñando con traerme los nenes para que me consuelen con sus risas. No, sobrina, no. Casaos de prisa y marchaos prontito, que yo aquí me quedo... con mis recuerdos.

PABLO. *(A Clara.)* ¡Mañana mismo nos vamos de aquí!

CLARA. *(A Pablo.)* ¡Qué tonto eres! *(Acercándose a don Emilio muy cariñosa.)* ¡Tío!

EMILIO. *(Con mal humor.)* ¡Déjame en paz! *(Clara y Pablo salen despacio, un poco avergonzados; él medita un instante.)* Está bien, está bien... ¡Se ha lucido usted, mi señor don Emilio, en su última aventura!

ESCENA VI

Doña Marianita y Don Emilio.

MARI. *(Apareciendo en la puerta de la casa.)* ¡Emilio, Emilio, Emilio, que te están esperando esos señores!

EMILIO. Voy, mujer, voy. *(Se dirige a la casa. Doña Marianita se le queda mirando con asombro, cuando pasa a su lado, porque anda despacio, con aire de viejo.)*

MARI. ¿Qué te pasa, niño? ¿Estás malo? ¿Qué tienes?

EMILIO. *(Deteniéndose.)* Casi nada... ¡Tengo... que tengo cincuenta años, y hasta hace media hora no lo he sabido!

MARI. *(Con solicitud.)* ¿Por qué dices eso? ¿Te duele algo?

EMILIO. *(Sentándose.)* ¡Me duele el alma!

MARI. *(Con alarma.)* ¡Niño!

EMILIO. Ya no soy nadie; la suerte me abandona, el amor me deja.

MARI. *(Sonriendo.)* ¡El amor!

EMILIO. *(Con apasionamiento.)* ¡Y esta vez! ¡La única! ¡La primera! ¡Cuando yo había puesto mucho más que la vida!

MARI. *(Con dulzura.)* Así sucede siempre, niño. Otras veces habrá puesto alguien mucho más que la vida por ti, y tú tampoco lo habrás tenido en cuenta.

EMILIO. ¡Es que tú no sabes, no puedes saber...!

MARI. ¿Por qué? Ni ella ni tú me habéis dicho nada, es verdad; ella, por rubor; tú, ¿quién sabe? Tal vez por cargo de conciencia; pero todo lo he visto: tú la querías; ella, como chiquilla, se dejaba querer.

EMILIO. *(Con ira.)* ¡Y ha venido el otro!

MARI. *(Con dulzura.)* Afortunadamente para todos.

EMILIO. *(Con ira.)* ¡Marianita!

MARI. *(Cada vez con más cariño.)* Oyeme..., no te

enfades; déjame que te diga una cosa: ¡no tenías derecho!

EMILIO. ¿A quererla?

MARI. A que ella te quisiera a ti.

EMILIO. ¡Es lo mismo!

MARI. ¡Ay, niño, qué mal acostumbrado te tiene la vida! ¡Qué ha de ser lo mismo!

EMILIO. ¡Es que la quería con toda mi alma, como no había querido nunca! ¡Era el amor, Marianita, el amor! El que está de rodillas, el que espera temblando, el que adora...

MARI. El que se sacrifica, el que se resigna, el que se alegra de la felicidad ajena...

EMILIO. ¡Marianita!

MARI. El que renuncia a todo: ¡ése es el verdadero! Y es el que a ti te corresponde, Emilio.

EMILIO. ¡Pues es un regalito!

MARI. Y le puedes dar gracias a Dios de que te haya llegado a tiempo...; sí, niño, no me mires así; muchísimas gracias. Porque este desengaño que tanto te duele, te apartará de aventuras ridículas, te obligará a pensar, a darte cuenta de que ya están muy lejos los veinte años, los días en que todo era una gracia. Ahora ya, hay quien te adula, hay quien te explota; pero no falta quien se ría de ti.

EMILIO. Tienes razón, tienes razón...

MARI. Yo misma, ¡Dios me lo perdone!, te he querido tanto, que muchas veces... casi me han hecho gracias tus locuras...; pero ya hace tiempo que me da una pena tan grande, por ti, cada vez que ese don Sebastián de mis pecados cacarea una aventura nueva. ¡Hay cosas, niño, que son muy tristes con el pelo blanco!

EMILIO. Sí, sí. *(Rebelándose.)* Pero ¿es posible vivir sin amor?

MARI. Sin amor, no; sin ése que tú quieres, sí.

EMILIO. ¡Tú qué sabes!

MARI. *(Con emoción.)* ¡Ay, niño! ¡He vivido sin él desde los veinticinco, y tengo ya cuarenta! ¡Y he querido como pueda querer el hombre que

más..., una vez en la vida..., a mi marido! ¡Pero era mi amor! ¡Y he vivido sin él!

EMILIO. ¡Pero a ti te le quitó la muerte, y contra la muerte, no hay remedio!

MARI. A ti te le quita la vida, y contra la vida no hay apelación... Oyeme, niño: yo he podido vivir, porque he vivido para ti y para mi hija, gozando con vuestras alegrías, soñando en complaceros, haciendo en casa y alrededor de casa el poco bien que está al alcance de una pobre mujer; pero ¡tú que eres hombre! Todo el pueblo es tuyo, tienes dinero, tienes influencia, sabes tantas cosas que los demás no saben, hay tantas injusticias que puedes deshacer, tantos daños que puedes remediar... Este es un pueblo pobre, miserable, comido de vicios y de malas pasiones; pero ¡basta un hombre para salvar un pueblo! Tú has sido aquí hasta hoy la piedra de escándalo, ¿por qué no has de ser de hoy en adelante el que dé el buen ejemplo y el buen consejo? ¿No te gustará dejar recuerdo de hombre más que en la liviandad de cuatro mujeres infelices? Eres rico, eres fuerte... Dices que te ha llegado la vejez, porque el amor se va con los más jóvenes. ¡Ahora empieza la vida para ti, si quieres emplearla en hacer bien!... Levanta esa cabeza... Mírame...

EMILIO. *(Cogiendo las manos a su hermana.)* ¡Marianita! Pero ¿quién te ha enseñado todo eso?

MARI. ¡Qué sé yo! Nadie. Lo he aprendido yo sola, yendo de casa en casa a velar a un enfermo o a llevar una taza de caldo.

EMILIO. ¡Eres una santa!

MARI. No, niño. Soy una mujer que para ir pasando sus tristezas, se ha ocupado un poco de las del prójimo.

EMILIO. *(Como un niño.)* Sí, sí...; ampárame..., abrázame... *(La abraza.)*

MARI. *(Llorando.)* ¡Aprieta, niño, aprieta, que ya estamos solos!

EMILIO. ¿Por qué lloras?
MARI. ¡Por lo mismo que tú...: porque se va... y nos deja, y si tú la querías, yo soy su madre!
EMILIO. ¡Marianita! *(Se oye la voz del predicador, que canta dentro acompañado de guitarra.)*
VOZ. *(Dentro.)*

¡El amor que he puesto en ti,
tan firme y tan verdadero,
si le hubiera puesto en Dios
hubiera ganado el cielo!

MARI. *(Limpiándose los ojos.)* ¡Mira con qué expresión canta el curita!
LUISA. *(Saliendo a la puerta de la casa.)* Pero, Emilio, Emilio, ¿dónde se ha metido este hombre? ¡Venga usted aquí, calaverón; que sin usted no hay fiesta completa!
EMILIO. *(Con resignación.)* ¡Voy, señora, voy! *(Sube los escalones de la casa y suspira.)*
MARI. *(Que se le queda mirando un momento antes de seguirle.)* ¡Ay, Señor, qué pena!

TELÓN

VIDA Y DULZURA.—Comedia en tres actos. En colaboración con Santiago Rusiñol. (Teatro de la Comedia.)

JUVENTUD, DIVINO TESORO...—Comedia en dos actos. (Teatro Lara.)

LA SOMBRA DEL PADRE.—Comedia en dos actos. (Teatro Lara.)

HECHIZO DE AMOR.—Comedia de polichinelas en un acto y dos cuadros. (Teatro Cervantes.)

EL AMA DE LA CASA.—Comedia en dos actos. (Teatro Lara.)

CANCION DE CUNA.—Comedia en dos actos. (Teatro Lara.)

PRIMAVERA EN OTOÑO.—Comedia en tres actos. (Teatro de la Princesa.)

EL PALACIO TRISTE.—Cuento fantástico en un acto. (Teatro de la Princesa.)

LA SUERTE DE ISABELITA.—Comedia en un acto y cinco cuadros, música de los maestros Giménez y Calleja. (Teatro de Apolo.)

LIRIO ENTRE ESPINAS.—Comedia en un acto. (Teatro de Apolo.)

LA FAMILIA REAL.—Comedia lírica en dos actos y cin-

co cuadros, música de los maestros Giménez y Calleja. (Teatro de Apolo.)

EL POBRECITO JUAN.—Comedia en un acto. (Teatro Lara.)

MADAME PEPITA.—Comedia en tres actos. (Teatro de la Comedia.)

LA TIRANA.—Comedia lírica en dos actos, música del maestro Lleó. (Teatro Eslava.)

MAMA.—Comedia en tres actos. (Teatro de la Princesa.)

SOLO PARA MUJERES.—Conferencia contra el amor, pronunciada por una de sus víctimas. (Teatro de la Princesa.)

MADRIGAL.—Comedia en dos actos. (Teatro Lara.)

EL ENAMORADO.—Paso de comedia. (Teatro de la Comedia.)

LOS PASTORES.—Comedia en dos actos. (Teatro Lara.)

LAS GOLONDRINAS.—Drama lírico en tres actos, música de José María Usandizaga. (Teatro Price.)

LA MUJER DEL HEROE.—Sainete en dos actos. (Teatro Lara.)

MARGOT.—Comedia lírica en tres actos, música de Joaquín Turina. (Teatro de la Zarzuela.)

LA PASION.—Comedia en dos actos. (Teatro Lara.)

EL AMOR BRUJO.—Gitanería en un acto y dos cuadros, escrita expresamente para Pastora Imperio, música de Manuel de Falla. (Teatro Lara.)

AMANECER.—Comedia en tres actos. (Teatro Eslava.)

EL REINO DE DIOS.—Elegía en tres actos. (Teatro Eslava.)

NAVIDAD.—Milagro en tres cuadros, música de Joaquín Turina. (Teatro Eslava.)

PARA HACERSE AMAR LOCAMENTE.—Comedia en tres actos. (Teatro Eslava.)

EL CORREGIDOR Y LA MOLINERA.—Acción mímica

en dos cuadros, música de Manuel de Falla. (Teatro Eslava.)

LA ADULTERA PENITENTE.—Drama en tres actos y diez cuadros, adaptación libre de Moreto, música de Joaquín Turina. (Teatro Eslava.)

ESPERANZA NUESTRA.—Comedia en tres actos. (Teatro Eslava.)

LA LLAMA.—Drama lírico en tres actos, música de José María Usandizaga. (Gran Teatro.)

ROSINA ES FRAGIL.—Comedia en un acto. (Teatro Eslava.)

SUEÑO DE UNA NOCHE DE AGOSTO.—Novela cómica en tres actos. (Teatro Eslava.)

EL CORAZON CIEGO.—Comedia en cuatro actos. (Teatro Eslava.)

ARTE DE AMAR.—Comedia de payasos en un acto. (Teatro Eslava.)

DON JUAN DE ESPAÑA.—Tragicomedia. (Teatro Eslava.)

Concesionaria para la venta: Editorial "Saturnino Calleja", S. A.—Valencia, núm. 28. Madrid.

EL TEATRO

OBRAS PUBLICADAS

1 *Lecciones de buen amor*, por Jacinto Benavente.
2 *Cobardías*, por Manuel Linares Rivas.
3 *La señorita está loca*, por Felipe Sassone.
4 *Encarna, la Misterio*, por F. Luque y E. Calonge.
5 *La pluma verde*, por Pedro Muñoz Seca y P. Pérez Fernández.
6 *Madrigal*, por Gregorio Martínez Sierra.
7 *Un marido ideal*, por Oscar Wilde.—Traducción de Ricardo Baeza.
8 *¡Qué hombre tan simpático!*, por Arniches, Paso y Estremera.
9 *Pebrerillo el loco*, por S. y J. Alvarez Quintero.
10 *Las canas de don Juan*, por J. I. Luca de Tena.
11 *La garra*, por Manuel Linares Rivas.
12 *La noche clara*, por A. Hernández Catá.
13 *La virtud sospechosa* (extraordinario), por Jacinto Benavente.
14 *Vidas rectas*, por Marcelino Domingo.
15 *El ardid*, por Pedro Muñoz Seca.
16 *La nave sin timón*, por Luis Fernández Ardavín.
17 *El marido de la estrella*, por Manuel Linares Rivas.
18 *La dama salvaje*, por Enrique Suárez de Deza.
19 *Los cómicos de la legua*, por Federico Oliver.
20 *Volver a vivir*, por Felipe Sassone.
21 *Madame Butterfly*, por V. Gabirondo y E. Endériz.
22 *Colonia de lilas*, por J. Fernández del Villar.
23 *La locura de don Juan*, por Carlos Arniches.
24 *La otra honra*, por Jacinto Benavente.
25 *Fantasmas*, por Manuel Linares Rivas.
26 *Rosa de Madrid*, por L. Fernández Ardavín.
27 *Para hacerse amar locamente*, por G. Martínez Sierra.
28 *El conflicto de Mercedes*, por Pedro Muñoz Seca.
29 *La prisa*, por S. y J. Alvarez Quintero.
30 *La hija de Iorio*, por Gabriel D'Annunzio.
31 *La Galana*, por Pilar Millán Astray.
32 *La Malquerida*, por Jacinto Benavente.
33 *La española que fué más que reina*, por E. Contreras y Camargo y L. López de Sáa.
34 *A campo traviesa*, por Felipe Sassone.
35 *Vida y dulzura*, por Santiago Rusiñol y G. Martínez Sierra.
36 *Las lágrimas de la Trini*, por Carlos Arniches y Joaquín Abati.
37 *Como buitres*, por Manuel Linares Rivas.
38 *La Prudencia*, por J. Fernández del Villar.
39 *El pan de cada día*, por Marcelino Domingo.
40 *Madame Pepita*, por G. Martínez Sierra.
41 *Don Juan, buena persona*, por S. y J. Alvarez Quintero.
42 *El pueblo dormido*, por Federico Oliver.

43 *Señora ama,* por Jacinto Benavente.
44 *El secreto de Lucrecia,* por Pedro Muñoz Seca.
45 *La fuerza del mal,* por Manuel Linares Rivas.
46 *El bandido de la Sierra,* por Luis Fernández Ardavín.
47 *La intrusa,* por Maurice Maeterlinck.
48 *No te ofendas, Beatriz,* por C. Arniches y J. Abati.
49 *Los Leales,* por S. y J. Alvarez Quintero.
50 *El collar de estrellas,* por Jacinto Benavente.
51 *El llanto,* por Pedro Muñoz Seca.
52 *Una mujer sin importancia,* por Oscar Wilde.
53 *Los intereses creados* y *La ciudad alegre y confiada,* por Jacinto Benavente.
54 *Alfilerazos,* por Jacinto Benavente.